



SS

**SERVICIO
SECRETO**

SILVER KANE
**MURAMOS JUNTOS,
QUERIDA**

MURAMOS JUNTOS, QUERIDA

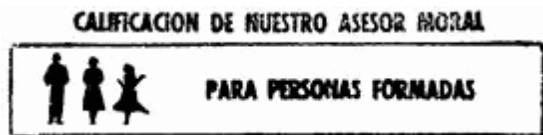
SILVER KANE

MURAMOS JUNTOS, QUERIDA

1.^a EDICIÓN
MAYO - 1961



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ



DEPOSITO LEGAL B 3470 – 1961

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA – 1961

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**,
Mora la Nueva, 2 -Barcelona - 1961

N. R. 813/61

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

647. — Réquiem por un pistolero. 657. — “Rancho Perdido”. 691. — El valle del gran silencio.

En Colección SERVICIO SECRETO:

518. — Ataúd para una novia. 532. — Desde esta tumba oscura. 551. — Congo, hora cero.

En Colección BÚFALO:

33. — Una tumba para cuatro. 335. — Los alacranes. 347. — Los ojos del pistolero.

En Colección PANTERA:

85.—: El ángel y el demonio.

En Colección TEXAS:

85. — El demonio del revólver. 100. — Mi revólver nunca falla. 259. — ¡A la salud del muerto!

En Colección CALIFORNIA:

3. — Ataúd para una rubia. 53. — El último caballero.

En Colección COLORADO:

73. — Plomo para los amigos. 92. — Siete horcas. 123. — Un diablo llamado Milton.

En Colección KANSAS:

111. — Un traje de madera. 128. — El diablo visita Denver.

En Colección ASES DEL OESTE:

78. — El condenado. 88. — Pueblo negro. 97. Lo siento, compañera.



Capítulo Primero

CUATRO PERSONAJES

LOS cuatro tienen hoy fichas bien nutridas en departamentos estatales, pero por motivos bien distintos. Sus nombres son:

HÉCTOR MARTÍN,
ANNE GARZEN,
JACQUELINE BLAY y
RUTH MEREDITH.

Sus datos personales son los siguientes:

HÉCTOR MARTÍN. — Nacido en España, pero residente en el extranjero desde su niñez. Acróbata de circo, escritor, músico, periodista, marino... y experto con las armas. En la actualidad, enero de mil novecientos sesenta, se encuentra alistado en la Legión Extranjera francesa, y ha alcanzado la categoría de cabo por méritos de guerra. En un ejército desprestigiado y carente de fuerza, su espíritu combativo, su valor, su loca audacia han tenido que destacar forzosamente. No le importa su vida ni le importa la

de los otros. Ama la paz, pero si alguien la turba ante él, puede considerarse muerto. Escogido para misiones especialmente arriesgadas, no ha vuelto jamás ante sus superiores sin nuevas muescas en su pistola.

ANNE GAEZEN. — Vive con su padre y su hermano en una granja. Vive en enero de mil novecientos sesenta, pero ya no ahora. Rubia, muy hermosa, dócil y joven, pues solo tiene diecinueve años, espera ansiosa el día de volver a Francia. No es que le disguste Argelia, puesto que su padre, su hermano y ella misma han encontrado allí un medio de vida y un hogar. Pero Anne espera casarse. Su prometido, que es teniente de navío en la Flota, le ha asegurado que pronto unirán sus vidas.

JACQUELINE BLAY. — Altiva, elegante, sabia en las artes del amor, se halla en la edad más turbadora de una mujer, en los treinta años. Atrae las miradas de los hombres y ella lo sabe. Hay quién se marea al verla. Vive en Constantina, en una hermosa casa de las afueras de la ciudad. ¿Medios de vida?... ¡Hum! Los hombres discretos no deben preguntar demasiado. Oficialmente, es prometida del teniente Villeneuve, uno de los que tienen más porvenir en las guarniciones francesas de Argelia. Pero en los círculos que Jacqueline frecuenta, se rumorea, se dice...

RUTH MEREDITH. — Norteamericana de nacimiento. Ha vivido en todo el mundo, aunque solo tiene veintidós años. Equilibrista de circo y domadora de fieras, no hay nada que la asuste ni aventura que no la atraiga. Muchos opinan que es demasiado hermosa para ejercer profesiones tan arriesgadas, y que si quisiera podría vivir mucho mejor.

Pero Ruth, que nació en un circo, lleva el circo en la sangre. Y por eso, cuando a los diecinueve años sufrió aquel accidente que la tuvo inmovilizada durante meses y meses, estuvo a punto de hacer una locura y buscar la muerte. Ahora ha perdido su crédito. Los empresarios ya no creen en la equilibrista Ruth Meredith, y el público la ha olvidado. Tres años son demasiado tiempo para un público siempre nuevo y siempre ávido de emociones distintas. Y por eso, Ruth, a los veintidós años, ha terminado su carrera. Parece

mentira, pero es demasiado vieja para empezar otra vez. ¡Una mujer acabada a los veintidós años!... Y así se arrastra por las ciudades de la costa atlántica, de un Estado a otro, buscando inútilmente un contrato que no llega...

Tales son los cuatro personajes esenciales que van a intervenir en el capítulo primero de este sincero y desapasionado libro. A su lado, sobre la tierra ensangrentada de Argelia, se mueven hombres y fieras. Más fieras que hombres. Y ahora, amigo lector, que ya conoces a estos personajes, que los has visto quietos, contémploslos en movimiento, mira cómo actúan y júzgalos. Empieza viendo a Ruth Meredith, un frío día de enero, hace muy poco tiempo, entrando en el despacho de un empresario circense de Nueva York... A lo que allí va a ocurrir, podríamos llamarle:

LA ÚLTIMA OPORTUNIDAD DE RUTH

La muchacha se había vestido con sus mejores ropas, se había puesto unos zapatos de alto tacón que le hacían daño y enfundado unas medias de finísimo “nylon”.

El abrigo le quedaba ya un poco corto, pero eso no era inconveniente. Así se destacaba más su figura juvenil, su gracia, la armonía de sus líneas. Y con una sonrisa de esperanza en sus labios, Ruth entró en el despacho de Cogan.

Cogan era calvo y tenía los ojos siempre brillantes. Su mirada hacía daño. Le gustaban las muchachas, sobre todo las que iban a pedirle trabajo. Pero Ruth se arriesgó.

—Buenos días, míster Cogan.

—No tan buenos. Pase, y siéntese.

Ruth se sentó y cruzó las piernas. Cogan, que tenía los ojos clavados en su rostro, los bajó. Y se quedó así, quieto.

—Usted es...

—Ruth Meredith, del Circo Buley. Trabajé varios años con Norman Tower, Fred Laviana y Luisa Fersen. Llegué a formar pareja con Steve Tyler, y juntos ejecutamos docenas de veces el triple salto mortal.

—¡Hum! Sí, ya recuerdo. Pero eso era “antes”. Tuvo usted un

accidente, ¿no?

—De eso hace tres años, míster Cogan. Le juro que he vuelto a entrenarme, y que ahora estoy mejor que nunca. Solo necesito una oportunidad para empezar ahora mi auténtica carrera, míster...

—Bueno, bueno, que está usted mejor que nunca salta a la vista. Pero el público no solo quiere belleza, sino también arte y sobre todo emoción, mucha emoción. ¿Es usted capaz de repetir el salto mortal que ensayó con Tyler? ¿Puede dar vueltas de campana sobre sus manos igual que hace tres años?

—Sí. Pues claro que sí...

—Hágalo.

Ruth se mordió los labios. Vio clavados en ella los ojos brillantes de Cogan. Escuchó su respiración un poco ansiosa, caliente. Una respiración de reptil al acecho. Pero si no demostraba que, en efecto, podía dar vueltas, se quedaría sin contrato. Se mordió los labios otra vez y, sin quitarse siquiera el abrigo, apoyó las manos en el suelo para hacer la vertical. Elevó las piernas hasta quedar completamente recta y en posición invertida. Luego dio cinco vueltas de campana alrededor del despacho. Naturalmente, Cogan no se fijó en su elasticidad, en la gracia de sus movimientos ni en la habilidad de la ejecución. Se fijó solo en que toda ella era limpia, pura, tentadora, sublime... Para Cogan acabaron los adjetivos en un instante. Cuando Ruth, encarnada como una amapola, quedó otra vez de pie ante él, se había quedado ya sin respiración y sin habla.

—Sí, muy bien, muy bien... Pero eso no es quizá lo que el público quiere... Es decir, si usted...

Se atrevió, avanzando dos pasos hacia ella.

—¿Qué necesidad tiene de volver a la pista? Quiera o no, el recuerdo de su pasado accidente la turbará en los momentos de peligro. Nunca volverá a ser la que era. Al iniciar un salto mortal un escondido instinto le gritará: “Acuérdate...” ¿Y para qué va usted a sufrir cuando tantas perspectivas ofrece la vida a quien sabe aprovecharlas? Yo mismo...

Su expresión cambió de repente. Fue como si hubiese sufrido una sacudida nerviosa. Saltó sobre la muchacha y la estrechó entre sus brazos.

Sí, así son las oportunidades en la vida de una mujer. Ceder un

poco, sonreír... El primer instante de repulsión pasa pronto; luego, todo es más fácil. ¡Y Ruth ansiaba tanto tener una oportunidad!... Pero no quiso. Se irguió, con toda su magnífica flexibilidad de atleta, y apartó bruscamente a Cogan. Cuando este aún no había salido de su asombro, le propinó dos secas bofetadas.

—Olvidaba una cosa. ¡También sé hacer esto, señor!

Las facciones de Cogan quedaron blancas como una hoja de papel. Los dedos de sus delgadas manos parecieron hacerse transparentes.

—¡Estúpida! —rugió—. ¡Acabas de echarlo toda por tierra! ¡Estúpida!

—Quiere decir que no me dará trabajo, ¿eh? ¡Pues a ese precio no me importa! ¡Prefiero renunciar a mi vocación, prefiero no volver a acordarme de que una vez fui estrella de circo! ¡Y además, aún quedan sitios donde me quieren! ¡El viejo Jackie Burns me acogerá en su grupo! ¡No lo dude! ¡Él todavía se acuerda de Ruth Meredith!

Cogan soltó una carcajada seca. Una carcajada que quería ser agresiva, pero que resultó ridícula y amarga.

—El viejo y arruinado Jackie Burns está en Argelia. Concretamente se halla en Constantina, tratando de llamar la atención de la gente con su pobre y aburrido espectáculo. Con gusto se largaría de allí, pero no tiene dinero para hacerlo. Anda, ve a Constantina y únete a su lastimoso grupo de carromatos. ¡Te recibirán con los brazos abiertos, claro! Lo que dudo es que te paguen una sola mensualidad. Pero cortesía tendrás mucha. Tendrás montañas de cortesía a tus pies. Recógela y come de ella. ¡Y ahora, sal de aquí, estúpida! ¡Lárgate a África, si no sirves para nada mejor!

Una especie de sombra pasó por el rostro de Ruth. La verdad es que hasta aquel momento había creído que el viejo Jackie Burns se encontraba rodando por cualquier ciudad de los Estados Unidos. Esta era, de hecho, su última esperanza. Fuera de Jackie nadie, nadie absolutamente la quería ya. Hundió la cabeza, apretando los labios, y salió de la habitación.

Pero no hay nada tan hermoso como tener veinte años.

Todo se ve fácil, todo se ve de color de rosa aunque uno esté rodeado de tinieblas más densas que las que reinan en el corazón

de un padre de familia cuando pierde el sobre con el jornal. ¿Que Jackie estaba en África? ¡Pues a África! Si vendía su reloj, sus muebles y sus escasísimas joyas, aún podría costearse un pasaje en el primer avión. Este sería su último paso en busca del Destino. A partir de entonces, que el Destino hiciera lo que quisiese con ella.

Sí, esta es Ruth Meredith, y entre nosotros, amigos lectores, aunque Cogan sea un miserable, no le podemos precisamente acusar de tener mal gusto. Ruth es de lo mejorcito que ha cruzado el Atlántico este año, y de lo mejorcito que lo cruzará hasta que el Atlántico se seque. ¡Pero hay tantas mujeres hermosas en el mundo!... ¿Para qué dedicar más espacio a Ruth Meredith? No hace ninguna falta, teniendo tan cerca a Jacqueline Blay, que va en estos momentos sentada en un coche militar francés, fumando un cigarrillo. Es un “Camel”, y lo saborea agusto. Pero le sabría amargo de saber que este que está fumando es

EL ÚLTIMO CIGARRILLO

—¿Fuego?

El hombre tendió su encendedor. Jacqueline tuvo una especie de sobresalto.

—¡Oh, perdón! No me había dado cuenta de que está mal encendido. Casi se ha apagado ya.

Prendió la llamita en la punta del cigarrillo y lanzó al aire una bocanada de humo. Buen humo aquel, que ayudaba a pensar y a ver las cosas claras.

—Tenemos que llegar a un acuerdo —susurró—. Ahora.

El hombre que iba a su lado miró la polvorienta carretera. Allá lejos, entre dos pequeñas dunas, había una granja. Pensó que tenía que resolverlo todo antes de llegar allí.

—¿Cuánto?

—Un millón de francos, querido.

El hombre se estiró.

—Parece mentira que puedas llamarme “querido”, después de soltar por tus labios esa horrenda cifra.

—Mi silencio vale mucho más, querido.

—Conviene que seas razonable, Jacqueline. Cada uno tiene su forma de vivir, sus problemas. Debemos ayudarnos unos a otros, no

estorbarnos. Veamos, ¿cómo se dice eso? Sí: coexistir. Esa es la palabra. Bien mirado, hay espacio para todos. Hay dinero para todos. ¿Qué sacas tú con denunciarme e impedir que gane más millones? ¿Obtienes algo? ¡Claro que no! Mientras que si por ahora te conformases con una cifra más modesta...

—¡Pero, querido! ¿Qué cifra hay más modesta que un millón en este condenado país y en esta condenada época? Además, ¿para qué discutir? No estás en situación de hacerlo, y lo sabes demasiado bien. El espionaje en un militar de tu graduación se castiga con el deshonor y la pena de muerte. ¿Es que tu vida vale menos de un millón, cariño?

El hombre se irguió, sin dejar de mirar la polvorienta carretera. Pero como Jacqueline también miraba lo mismo, hacia la solitaria granja extendida entre dos dunas, no vio que en la actitud de su compañero acababa de cambiar algo. Descruzó las piernas y las volvió a cruzar en otro sentido. Se sorprendió al notar que los ojos del hombre no iban, como siempre, hacia ella. Y le dirigió una sonrisa.

—Debes recordar una cosa, querido. Aparte de ese pequeño negocio que tenemos entre los dos, nada ha cambiado en nuestras relaciones. Tú me sigues gustando, y yo...

Faltaban menos de dos millas para llegar a la granja. El hombre aceleró, dando al automóvil una fantástica velocidad, frenó de repente y cerró el contacto. A causa de la inercia, Jacqueline Blay casi cayó en sus brazos.

—Preciosa... —susurró él.

El cigarrillo había caído al suelo. Se consumía allí inútilmente. Mientras el hombre, con movimientos sabios y delicados, extraía su arma de la funda pistolera.

—No debíamos haber llegado hasta aquí... —murmuró ella—. Todo esto es impresionante, y hay tantos rebeldes por la zona que...

Las balas rasgaron el aire como el anuncio de una tempestad. Y el campo se llenó de gritos, gritos salvajes y primitivos que pedían sangre.

—Los rebeldes... —gimió ella—. ¡Están aquí! ¡Están aquí!...

—Calla.

Cerró los ojos para no verla y soltó el seguro de su pistola. Este era el momento. Ahora o nunca... Tenía que atreverse. Su vida valía más que la de Jacqueline Blay. Y se atrevió. La mujer recibió el primer balazo en el diafragma, y fue tan repentino que no debió sentir dolor. Durante un segundo aún permaneció junto al hombre. Y este sintió horror, una especie de frenesí, de miedo loco. Disparó todo el cargador como si lo disparase contra sí mismo, con los dientes apretados y la cabeza echada hacia atrás, como si quisiera escapar. Jacqueline, sin lanzar un grito, cayó de espaldas y quedó apoyada en la portezuela. Esta cedió, abriéndose. Y entonces, Jacqueline cayó a la carretera, con los labios entreabiertos y las manos blandamente unidas. El hombre no quiso mirarla. Abrió el contacto, puso primera y salió disparado en dirección contraria a la que llevara hasta entonces. Las ruedas del coche rozaron el vestido de la hermosa mujer muerta. Y varias balas silbaron sobre la carrocería, mientras docenas de rebeldes argelinos armados con fusiles que arrebataran a los franceses, asomaban lanzando alaridos entre las dunas.

El hombre apretó el acelerador a fondo, trazando eses con el coche para esquivar las balas. Apenas un minuto después, con la carrocería atravesada por varios sitios, se había perdido de vista.

En el interior del automóvil terminaba de consumirse el último cigarrillo.

Las mujeres, en líneas generales, suelen vivir mejor que los hombres. No deben luchar tanto por el pan cotidiano, no tienen tantos problemas, son mejor recibidas en todas partes... Pero son también las víctimas predilectas de cualquier vicioso, de cualquier cobarde, de cualquier loco. Y así como Ruth Meredith había visto truncadas por el momento sus más bellas ilusiones, y así como Jacqueline Blay había perdido la vida en tan trágicas circunstancias, Anne Garzen, la muchacha que vivía con su padre y hermano en la granja situada entre las dos dunas, estaba en trance de pasar por algo mucho peor.

HORDA BARBARA

—¡Pronto! ¡Las pistolas!

Pierre Garzen le lanzó una a su padre, mientras él disparaba con

la suya. Hizo dos disparos y dos rebeldes argelinos que trataban de penetrar por una ventana quedaron atravesados sobre el alféizar de esta con la cabeza perforada.

Jacques disparó también, alcanzando en el vientre a otro de los rebeldes. Rugió:

—¡Defiéndete desde el otro lado de la casa!

Pero ya era demasiado tarde. Los rebeldes formaban un grupo de treinta, tal vez treinta y cinco hombres. Habían rodeado la granja y atacaban por todas partes. En oleadas fanáticas, lanzando extraños aullidos, como los negros de la selva, se lanzaron hacia todos los huecos de la casa, rompiendo ventanas, golpeando puertas, degollando ya a los animales que encontraban al paso, y con los que esperaban darse un banquete dentro de poco. Pierre y Jacques hicieron fuego frenéticamente con sus pistolas, hasta que se les agotaron los cargadores, pintando en total a cinco de aquellos infrahombres. Pero, sin posibilidad de recibir ayuda, su destino estaba ya trazado.

—Anne... —susurró el hombre—. Ocúltate. Ocúltate donde puedas...

—Es inútil, padre. Saben ya quiénes vivimos aquí.

—Te lo suplico, Anne...

Una bala arrancó parte de la mejilla del hombre. Este, deseando tan solo morir, saltó por la ventana. Como los tentáculos de un gigantesco pulpo, los brazos de los argelinos cayeron sobre él.

—¡Las manos! ¡Cortadle las manos!

La orden había sido dada por un hombre alto, de tan solo treinta años, moreno como todos sus compañeros y vestido con elegancia, mitad con ropas árabes y mitad con prendas de las que usa la oficialidad colonial francesa. Llevaba una metralleta bajo el brazo y parecía el jefe del grupo. Tenía los ojos intensamente negros, y una expresión de diabólico placer deformaba su boca.

—¡Noo! —rugió Jacques—. ¡Nooo!

—¡Las manos!

Su aullido se mezcló al de su hijo Pierre al sufrir idéntico suplicio. Las risotadas salvajes de los argelinos resonaron en toda la casa.

Anne, oculta bajo uno de los lechos, ahogó un grito. Y el dolor

fue tan intenso que sintió como si una mano la estrangulara, cortándole la respiración.

Una verdadera traca de disparos puso fin al inhumano suplicio de los dos hombres. Anne vio las botas de los invasores correr por la habitación como ratas hambrientas, junto al lecho. Y uno de los argelinos lo levantó, poniéndola al descubierto.

Anne lanzó un grito de horror.

Allí estaban.

Allí estaban los seres a los que Europa se empeñó inútilmente en civilizar, y que no aprendieron de los blancos más que los vicios, los refinamientos y el manejo de las armas. Eran igual que caníbales a los que se hubiese dado una metralleta. Anne no advirtió la menor expresión humana en sus rostros, en sus ojos. Era como si hubiese caído entre una manada de fieras prestas a devorarla. Y este pensamiento brutal, sin embargo, la tranquilizó, porque las fieras no manchan, no ensucian ni humillan al estar tan infinitamente por debajo de sus víctimas. Anne no moriría humillada por los hombres, sino asaltada por los pobladores de la jungla.

Cerró los ojos.

—Yo primero —dijo el que había ordenado cortar las manos a Pierre y a Jacques—. Yo.

Y a unos quinientos metros de la granja estaba él, Héctor Martín. A quinientos metros de la granja asaltada estaba

UN HOMBRE SOLO

Tenía los cabellos negros, era moreno de piel y de ojos, sin embargo, nítidamente claros. Medía un metro ochenta de estatura, tenía espaldas de gigante, cintura de bailarina... y manos de estrangulados. En este momento llevaba una bolsa de piel con el correo, una caja de metal con municiones, y una metralleta "Thompson". Llevaba también unas ganas espantosas de matar a alguien, pero esto no se veía.

Después de perder a dos hombres en la misión de llevar el correo a un puesto avanzado de vigilancia, se encontraba ahora con aquel asalto de los argelinos a la cercana granja. Y como allí había

sangre fresca, hacia allí se dirigió él.

Héctor Martín, como todos los españoles, sentía una gran admiración por la independencia, y un gran respeto por los que luchaban por ella. Pero lo que ocurría ahora no tenía ninguna dignidad. Toda la chusma de Argelia, todos los infrahombres que habían unido la ciencia europea con el salvajismo africano, estaban ahora en pie de guerra, con un solo deseo: matar, violar y saquear. Y bajo una única bandera: la bandera negra de los piratas. Y de la misma manera que los auténticos nacionalistas debían ser respetados, mientras su lucha fuese limpia, a esa chusma sanguinaria no había por qué tenerle consideración. Habían planteado una pelea de fieras contra fieras en la que el caduco ejército francés llevaba la peor parte. Y por lo que a Héctor Martín correspondía, este estaba decidida a que por lo menos de él no se riese nadie.

Por otra parte deseaba vengar cuanto antes a sus dos soldados muertos en una emboscada. Y por eso se dirigió a la granja, con los dientes apretados y en busca de la única cosa que ahora necesitaba para calmar sus nervios: sangre.

Ni por un instante pensó que esa sangre necesariamente tendría que ser la suya, porque iba a atacar solo a más de veinticinco hombres, decididos a todo.

Mientras avanzaba oyó gritos desgarradores en la casa. Y cuando terminó de correr el medio kilómetro, estos ya habían cesado.

Héctor soltó el seguro de su metralleta.

Saltó por una ventana y vio a tres argelinos repartiéndose el contenido de una botella. Con una beatífica sonrisa, les saludó:

—¡Eh, chatos!

Esperó a que se volvieran, esperó a que empuñaban sus armas y hasta incluso a que gritaran un poquito. Luego, la ráfaga les segó por la cintura, y los hizo caer destrozados como muñecos.

Una instantánea conmoción se había hecho en la casa. Héctor, saltando con la agilidad de un mono, se agazapó tras un armario y esperó. Cuando dos argelinos más entraron en la habitación, les dejó caer el armatoste encima. Luego vació sobre ellos el resto del cargador, unas veinte balas en total, hasta que los brazos y piernas que salían por debajo del armario dejaron de retorcerse.

—Quiero liquidar unos diez por cada uno de mis compañeros muertos —masculló—. Y hoy trabajo muy barato...

Limpiamente, saltó por encima del armario y pasó a la habitación contigua, tras poner un nuevo cargador. Oyó una especie de roce junto a la ventana, y se apostó tras ella. El roce se repitió. Pudo oír la respiración ansiosa del argelino. Adivinó el instante mismo en que iba a saltar...

El rebelde se encontró con la boca de la metralleta.

Quiso gritar, y la ráfaga le destrozó la cabeza. Como mosquitos ansiosos, los proyectiles se hincaron en su piel. Toda su sangre empezó a brotar por más de quince espantosas heridas.

La mayor parte de los rebeldes se hallaban en la habitación de Anne y no parecían sentir el menor deseo de bajar. Héctor respiró fuerte. Fue caminando de puntillas hacia una escalera, y empezó a subir por ella.

Se apostó en un recodo, semicubierto por las sombras. Vio arriba a un grupo de cinco indígenas que se arrastraban sigilosamente. Extrajo una granada de su cinto y sonrió.

—¡Con mis recuerdos para el Profeta!

La bomba estalló entre los cinco hombres, reduciéndolos a pingajos sangrantes. Un múltiple y estremecedor aullido se escuchó en la casa, mezclado al sonido horrísono de la explosión.

Le faltaba un tramo de escaleras para llegar al piso superior, y Héctor lo subió de golpe. Como un loco al que todos los diablos hubieran comunicado su furia, empezó a disparar contra el interior de una habitación donde se removían varios argelinos. Estos fueron cayendo, segados por el plomo, sin tiempo ni siquiera para lanzar una maldición.

El hombre alto, moreno, el jefe del grupo, estaba entre ellos. Como una serpiente, se pegó a la pared, resbalando a lo largo de ella. Al fondo de la habitación había una ventana; aun creyendo como creía que una patrulla francesa se había introducido en la casa, si lograba llegar hasta allí, podía considerarse salvado.

—¡Sener! —le llamó uno de los argelinos—. ¡Sener!

El hombre alto, moreno, de crueles ojos negros, lo miró. Vio que una bala le había entrado por la mandíbula inferior, y que su boca era un manantial de sangre. El argelino tenía miedo a morir y

trataba de aferrarse a sus piernas. Sener le disparó a quemarropa dos balas a la cabeza, abriéndola en cuatro pedazos.

Solo dos argelinos vivos quedaban en la habitación. Los otros dos se retorcían, alcanzados en los más diversos órganos y regando con su sangre el pavimento. Héctor, junto a la puerta, aguardaba con los dientes apretados y una expresión de odio en el rostro. Con gusto hubiera lanzado otra granada en el interior de la habitación, pero desde su lugar podía ver la pierna desnuda de una mujer, y no se atrevió a lanzarla por si esta aún vivía.

—Cortadle el paso —ordenó Sener—. Debe ser solo uno.

Sus dos secuaces avanzaron cautelosamente con las pistolas preparadas. De repente, un espeso y angustioso silencio se había hecho en la granja. Ni los animales al ser perseguidos y sacrificados gritaban ya. Héctor escuchó la respiración anhelante de sus enemigos.

Saltó el primero.

No le gustaba aguardar. La ofensiva equivale a media victoria. Saltó, lanzando una especie de grito, mientras su metralleta vomitaba una enloquecedora ráfaga. Uno de los argelinos, que estaba junto a la puerta, la recibió de lleno en la cabeza antes de poder levantar la pistola. El otro se arrojó al suelo tratando de disparar, pero el miedo atenazó sus miembros. Vio cómo la cabeza de su compañero era materialmente deshecha, cómo quedaba reducida a pedazos insignificantes. Héctor trató de detener la ráfaga, pero no pudo. El gatillo había quedado encallado en un punto. Y todas las balas salieron como una exhalación, mientras él saltaba hacia adelante.

Primero propinó un puntapié a la mano armada del único enemigo que quedaba vivo en el suelo, haciendo volar la pistola. Luego se arrojó a tierra al tiempo que una ráfaga de pistola ametralladora cuarteaba la pared del fondo. Sener disparó mientras saltaba por la ventana, y no tuvo tiempo de ver si había o no alcanzado al legionario. Cayó sobre la tierra blanda y trató de reunir con gestos a la docena de hombres que andaban dispersos dedicándose al saqueo. Estos habían oído las detonaciones, y la explosión de la bomba, pero no tenían aún una idea muy clara de lo que estaba ocurriendo arriba.

Y en la que había sido habitación de Anne Garzen, Héctor y su

adversario se miraron a los ojos como dos fieras prestas a saltar.

El cabo de la Legión tenía su metralleta, pero sin balas. En, cuanto al argelino, tras ver cómo su pistola volaba por los aires, extrajo una guma con un movimiento seco y centelleante.

Los dos enemigos se fueron poniendo en pie poco a poco, muy poco a poco. Héctor sonrió sarcásticamente.

—Veo que prefieres morir destripado, hermano.

—¡Tú serás el que muera!

El argelino saltó como un gato, levantando la guma y volviendo a bajarla con un movimiento centelleante. Pero Héctor sujetó con ambas manos la metralleta, igual que si fuese un palo, y detuvo el golpe con ella. Casi al mismo tiempo, levantó la pierna derecha y propinó un salvaje puntapié al bajo vientre del energúmeno. Este cayó retorciéndose, aullando como un perro apaleado. Héctor comprendió que había llegado su momento, y agarrando la “Thompson” por el cañón con ambas manos, utilizándola a modo de maza, la dejó caer con todas sus fuerzas sobre la cabeza del indígena, pero este fue lo bastante ágil para apartarse a tiempo. El golpe resultó tan brutal que la culata saltó hecha pedazos.

Dando un salto hacia atrás, Héctor se colocó junto al cadáver de uno de los rebeldes. Sus ojos brillaban ansiosos como los de un tigre. Extrajo la guma del muerto, la clavó en la carne morena del argelino y la volvió a sacar tinta en sangre. Su enemigo, solo al ver esto, lanzó un chillido de horror.

—Voy a inyectarte la sangre de ese muerto —sonrió Héctor—. Te juro que voy a convertirte en su verdadero hermano.

El argelino, impresa en su rostro una decisión fanática, atacó. Héctor le esquivó con una finta, lanzando una carcajada de placer. Y no es que sintiera placer, no. En absoluto. Pero sabía que en la guerra nada desmoraliza tanto a un enemigo, cuando lucha cuerpo a cuerpo, como ver que su adversario considera un delicioso juego la tarea de arrancarle la piel. Al argelino aquella carcajada le heló la sangre en las venas.

—Ya que no sabes usar de tu vida —rio Héctor—, ¡véndemela!

Se lanzó él al ataque, haciendo con su cuchillo un alucinante movimiento de zigzag. El argelino, ágil como una serpiente, logró esquivarle también, pero su camisa quedó abierta por dos sitios. Héctor Martín lanzó otra carcajada mientras avanzaba poco a poco

hacia él. Los dientes del nativo castañetearon. Con una fuerza que solo puede dar la desesperación, saltó para salir del rincón en que Héctor le iba acorralando.

El legionario le aplastó la suela de su bota en el estómago, enviándolo hacia atrás. El cuerpo del argelino rebotó, y Héctor lo cazó en el rebote. El cuchillo se clavó en el abdomen del mahometano y trazó en él una X. Héctor lo sacó de repente y de otro seco golpe se lo clavó en el pecho.

En la escalera, mientras tanto, sonaban ya pisadas de alguien que subía sigilosamente.

“Los otros —pensó Héctor—. Y la verdad es que ya considero a mis dos amigos suficientemente vengados. Pero ahora se trata de defender mi vida...”

Sin salir de la habitación, lanzó otra bomba a través de la puerta. Hizo explosión en el primer peldaño y lanzó hacia atrás, ensangrentados y en confuso montón, a los argelinos que subían. Mientras la granada estallaba, Héctor, sin pérdida de tiempo, introdujo en la “Thompson” su último cargador. Sujetando el arma como pudo, pues ya no tenía culata, saltó hacia afuera. De rodillas, con todos los nervios en tensión, descargó todos sus proyectiles sobre el montón de carne humana que había en la escalera. Los asaltantes, retorciéndose, aullando, fueron acribillados. Solo Sener, que estaba al pie de la escalera, se libró de la muerte.

—¡Subid! —rugió—. ¡Subid! ¡Es un hombre solo!

Quedaban abajo unos ocho argelinos, pero ninguno de ellos creyó que un hombre solo hubiese sido capaz de hacer aquella carnicería. Desorientados, medrosos, se apretaron en un grupo. Pero cuando vieron venir volando hacia ellos otra bomba de mano, se dispersaron velozmente, lanzando alaridos. Solo uno quedó quieto, recibió la bomba en los mismos pies y ya no tuvo necesidad de moverse nunca más.

Completamente desmoralizados, los indígenas se reunieron de nuevo en el exterior de la granja. Héctor, que los esperaba, descargó desde una ventana sus últimas balas. Otro de los rebeldes cayó atravesado, mientras los demás se apresuraban a esconderse.

“Ahora me cercarán —pensó Héctor—. La he hecho buena...”

Pero los argelinos estaban ya demasiado castigados para intentar nada más. A lo lejos fue creciendo un sordo ruido: cadenas

de tanques en marcha. Todos echaron a correr y los vericuetos del camino se los tragaron como a una manada de topos.

Héctor, reventado, entró de nuevo en la habitación. La muerte llenaba todos los rincones de la casa, y en la boca del legionario había un espeso sabor a sangre.

Miró entonces a Anne. Estaba muerta.

Muerta con sus hermosos ojos azules muy abiertos.

Héctor se los cerró y piadosamente cubrió su cuerpo. La extrema juventud de la muchacha le produjo una opresión en el pecho, porque aquello era inhumano. Acarició los cabellos de la muerta, deshizo con los dedos la mueca de dolor que había en su rostro y, por fin, lo cubrió también. Hizo que sus pies quedaran juntos y que toda ella diera la sensación de una mujer que ha muerto sin violencia. Luego se puso en pie, abrumado, sintiendo que aquella opresión que ya había empezado a notar en su pecho se hacía más angustiosa.

El ruido de cadenas de tanques se aproximaba a la casa, haciéndose ensordecedor. Héctor comenzó a examinar a los argelinos, por si alguno de ellos aún seguía con vida, a fin de interrogarle. Pero todos llevaban en su cuerpo varias balas o habían sido completamente destrozados por las bombas.

Instantes después, dos carros de combate mandados por un oficial francés se detenían frente a la granja.

Capítulo II

HAGA VIAJAR EL CADÁVER...

EL oficial era el teniente Villeneuve.

Contaba unos treinta años y llevaba diez en la Legión Extranjera. Pero todo ese tiempo, en lugar de endurecerle, le había abotargado, le había convertido en un ser vicioso, decadente, que fumaba grifa y se maravillaba ante la sabiduría amorosa de las mujeres árabes. En su rostro había siempre algo de fatigado y cruel al mismo tiempo. Como casi todos los oficiales de la guarnición había notado que en Héctor Martín había una fuerza misteriosa, innata. Y le tenía miedo, complaciéndose en humillarle amparado en su superior graduación.

Al ver todos aquellos cadáveres pensó que por allí debía de haber pasado un Regimiento entero. Y al ver salir solo a Héctor Martín, estuvo a punto de sufrir un síncope.

—Pero... ¿qué diablos ha ocurrido aquí, cabo?

—¿Aquí? —gruñó indiferentemente Héctor—. Una escaramuza.

Villeneuve entró en la casa. Cuerpos destrozados se apilaban en las más extrañas posturas. Un acre olor a sangre impregnaba todas las paredes.

—Mi teniente...

—¿Qué ocurre, cabo?

—Encontrarán aquí los cadáveres de los dueños de esta granja. Fueron mutilados bárbaramente antes de morir. Y en la habitación principal de arriba hallarán el cadáver de una muchacha. Fue asaltada por esas fieras y murió.

Los ojos del teniente se hicieron más pequeños.

—¿A cuántos ha matado, Martín?

—Calculo que unos veinte.

—Barato.

El cabo se introdujo los dedos de su mano derecha por entre sus brillantes cabellos negros.

—Otro día subiré los precios. Intentaré que sean veinticinco.

Villeneuve subió pesadamente las escaleras, seguido de Héctor. Dio un puntapié a uno de los cuerpos y este, al rodar, se movió de una forma extraña, crispando las manos. Sin duda aún quedaba en él un hálito de vida. Villeneuve, desde lo alto de las escaleras, le vació un cargador completo de su pistola. Luego escupió.

—¿Hay por ahí alguno más que necesite una ración suplementaria de plomo?

—Creo que no. Pero me permito indicarle que le conveniente es atizarles cuando están vivos, no cuando están ya medio muertos.

Villeneuve se volvió hacia él con el rostro crispado.

—¡Cállese!

—Me callo. Al fin y al cabo usted manda...

Villeneuve iba a contestar algo cuando en ese momento oyeron ruido de motores junto a la casa. Luego secos taconazos de soldados al cuadrarse.

—Seguro que ya está ahí el comandante Brent. Tarde, como siempre...

En efecto, era el comandante Brent. Grueso, de facciones ligeramente encarnadas a causa de la elevada presión, vestido impecablemente y sin más arma que una pequeña pistola de plata. Así era el comandante Brent, más famoso por la brillantez de sus uniformes fue por sus éxitos militares. Entró en la granja, dirigió una mirada de desagrado a los montones de cadáveres y gruñó:

—¿Quién ha ensuciado esto?

Villeneuve se cuadró desde lo alto de la escalera.

—Ha sido el cabo Martín, señor.

—¿Solo?

—Sí, solo.

Brent se rascó la nuca.

—¡Diablos! —dijo sencillamente. Y luego—: Le concedo a usted un mes de permiso, Martín, y le levanto todas las sanciones que pudiera tener pendientes. ¡Cáspita con el tío! ¿Ha quedado vivo alguno de estos mamelucos?

—Ninguno, señor.

—Está bien. Muéstrenme toda la casa.

Subieron los tres al piso superior, pasando por encima de los cadáveres. Las ropas de uno de estos aún se estaban abrasando a consecuencia de la explosión de la última bomba. Entraron en la habitación de Anne, y el comandante Brent ordenó a Héctor Martín que descubriera el cadáver.

—Muy hermosa —ponderó al verla, entrecerrando los ojos— Muy hermosa. ¿Sufrió vejaciones por parte de esos caníbales?

El rostro de Héctor se hizo un poco más rígido y cuadrado, y sus ojos brillaron como si aún alentase en ellos todo el fanático odio que le impulsó a jugarse la vida en la pelea.

—Por el modo como la encontré es seguro que sí, comandante. Jamás creo haber visto nada tan criminal y tan odioso.

—Bien lo han pagado. Oiga, Villeneuve...

—Mándeme, señor.

—Den una batida por los alrededores, y si encuentran a alguno de esos tipos cácenlo como a una alimaña. No me importa que le arranquen la piel, pero quiero que sea capaz de hablar. Quiero que suelte los nombres de sus jefes para instruir el consiguiente sumario.

“Ya estaba allí la rutina —pensó Martín—. Con esto no se conseguiría nada, nada...”

—Esos tipos se habrán escondido ya, mi comandante —objetó—. Y oirán a los tanques desde diez kilómetros de distancia. ¿Por qué no me deja ir a mí?

—Para usted tengo otra misión, cabo. Disfrutará de su permiso cuando la haya llevado a feliz término.

—¿Qué misión?

—Transportar este cadáver a Constantina. Es necesario que se le practique la autopsia y se aprecie la verdadera naturaleza de las ofensas inferidas. Tales datos son estrictamente necesarios para la buena marcha del Juzgado Militar que instruirá el sumario.

—¡Sumarios! ¡Bah! ¡En vez de formularios lo que hace falta son bombas de mano y cargadores de metralleta!

—Guárdese sus opiniones, cabo. Y ahora retírese y descanse. Será propuesto al Alto Mando para una condecoración. El teniente

Villeneuve, entretanto, se ocupará de enfardar bien el “paquete” para que usted pueda transportarlo.

—Pondrán a mi disposición un coche, supongo...

—¿Un coche? ¡Je! ¡Está usted listo, cabo! ¡Un caballo y va que arde! Yo necesito el automóvil para dirigir la batida por los contornos. De modo que vaya a las cuadras de la granja, vea si queda algún caballo vivo y tráigalo. Con él llevará el cadáver de esta muchacha hasta Constantina. Haga viajar el cadáver, cabo.

Héctor gruñó algo ininteligible y salió de la habitación. Algunos soldados se ocupaban en apilar a los muertos. La voz del comandante Brent les hizo dejar esa tarea.

—¡Atención! ¡Volved a los tanques y preparaos para marchar! ¡Hemos de dar una batida por los alrededores!

Rápidamente, los tanquistas obedecieron. Iban todos bien uniformados y con un armamento espléndido, pero no se traslucía en sus rostros ni remotamente la decisión que siempre animaba el de Héctor.

El joven salió de la casa y fue hacia un pabellón situado a mano derecha, donde había advertido ya que estaban las cuadras. En estas había dos caballos, uno de ellos herido y relinchando lastimeramente. Héctor, que no llevaba armas, volvió corriendo junto a la casa, se apoderó de la pistola de uno de los cadáveres y remató de un tiro al desgraciado animal para que no sufriese. Luego se cercioró de que el otro caballo no estaba herido, lo desató y, tras acariciarle unos instantes el cuello para ir ganando su confianza, salió con él.

Los tanques ya se habían alejado, así como el comandante Brent, tras oírse aún un par de disparos. Héctor acertó a ver una nubecilla de polvo en el camino, producida tal vez por el coche del oficial. De los tanques no había ya ni rastro. Dentro de la casa no debían de quedar más que los muertos y el teniente Villeneuve.

No se equivocaba.

Vio al teniente bajar pesadamente las escaleras con el cuerpo auestas. Lo había envuelto y atado estupendamente bien, empleando dos sacos y cuerdas. No se veía absolutamente nada de la mujer, aunque se advertían sus suaves contornos femeninos. Era importante que el cuerpo estuviese bien atado y cubierto porque de otro modo sería horrible el viaje con él a través de la llanura

desierta.

—No se le ocurra descubrirlo —gruñó Villeneuve—. Lo devorarían las moscas, y luego lo devorarían a usted.

—¿Cree que soy idiota, mi teniente? Ni al más estúpido de los novatos se le ocurriría hacer una cosa así, bajo este maldito sol. ¿Tiene documentos?

Villeneuve los había colocado en su bolsillo, y los extrajo.

—No he encontrado más que estos, referentes a la muchacha. Los de esos otros dos —señaló con el mentón a los mutilados cadáveres— los buscaré más adelante. Se llamaba Anne Garzen y tenía diecinueve años. Todo un crimen. ¿Está el caballo ahí fuera?

—Sí. ¿Qué va a hacer usted, entretanto?

—Esperar a que vuelvan el comandante y sus hombres. Luego regresaré con ellos a la base.

—¿Y si los argelinos los despistan y vuelven aquí?

Villeneuve hizo oscilar su pistola.

—¿Cree que les tengo miedo?

Lo que en realidad Héctor pensaba como más probable era, no que volviesen a la granja, sino que le atacasen a él tras seguirle como serpientes por las sinuosidades del terreno. Se iba a divertir entonces, con la sola ayuda de un cadáver... Pero se reservó estos pensamientos.

—Bueno, vamos allá.

El cuerpo de la infortunada muchacha, introducido en los sacos bien atados, estaba de pie entre el teniente y él. Villeneuve lo sostenía con una mano.

—¿Le ayudo?

—No, gracias. ¡Maldito sea mi destino que solo me permite cargar con mujeres muertas...!

Salió al exterior y colocó el cadáver sobre la grupa del caballo, amarrándolo luego fuertemente. Antes de partir se acercó a un cuerpo sangrante de los que había cruzado en el alféizar de una ventana, descolgó de su cuello una metralleta y comprobó el cargador.

—Extiéndame una orden por escrito —pidió a Villeneuve—. La necesitare para entregar el cuerpo en Constantina.

El teniente la escribió en una libreta de partes, de la que tendió

a Héctor una hoja. Este la guardó cuidadosamente en un bolsillo de su camisa.

—A sus órdenes. Y deséeme buen viaje.

Montó de un salto sobre el lomo desensillado del animal e instantes después se alejaba al trote corto de aquel cementerio en cuya formación había tomado parte tan intensa.

Capítulo III

AL FIN... UNA MUJER VIVA

HÉCTOR MARTÍN, desde que muy joven salió de su patria, había sido muchas cosas: equilibrista de circo, músico en una orquesta, periodista en un rotativo de sucesos de Nueva York, novelista de temas de acción y hasta buscador de tesoros submarinos. Pero jamás, hasta ahora, había transportado muertos.

Mientras reflexionaba acerca de su ingrata misión, sus ojos claros, brillantes como un metal bruñido, fríos, escrutaban el desierto. A cada movimiento que hacía siguiendo el trote del caballo notaba el contacto del cadáver en su espalda, y eso le crispaba los nervios.

Héctor no sentía en estos momentos repugnancia ni miedo, sino todo lo contrario. Una pena sorda y devoradora llenaba su corazón. Porque esta lucha cruel en que estaba empeñado, esta lucha sin piedad y sin ni siquiera dignidad, en la que los hombres quedaban automáticamente reducidos a un nivel de fieras, estaba acabando con sus reservas morales. Progresivamente se daba cuenta de que, de seguir así, él mismo se convertiría en una fiera más, en un devorador de hombres. Pero al rozar el cadáver de la muchacha se decía que forzosamente había de ser así, y que los enemigos contra quienes luchaba, verdaderas manadas de lobos puestas en libertad bajo el pretexto de la guerra, no merecían otra cosa.

El sol le fue abotargando poco a poco. Pero llevaba unas dos horas de marcha cuando algo le despabiló de repente.

Disparos.

A su derecha, casi un kilómetro más allá, entre varias dunas arenosas, había estallado una verdadera zarabanda en la que se mezclaban los estampidos de pistola a las ráfagas de metralleta. Esa

música comenzó de un modo repentino y violentísimo, lo que hizo pensar a Héctor que se trataba de una emboscada. Excitó al caballo y lo puso al galope hacia allí.

La verdad era que, a pesar de todas las reflexiones, su sangre le estaba pidiendo más acción y más pelea. Algo en su interior recibió con júbilo aquella nueva oportunidad de desafiar el peligro.

La carretera serpenteaba entre las dunas, descendiendo hacia el lugar donde se producían los disparos. Sin duda algún vehículo que pasaba por la hondonada, siguiendo la carretera, había sido atacado.

Héctor no se equivocaba.

Hallándose ahora en terreno elevado, pudo ver un lujoso automóvil detenido en la carretera. Junto a él había un hombre muerto, de bruces en el suelo. Otro disparaba desde el interior, y alguien más desde debajo del carruaje.



Pudo ver a un hombre muerto en el suelo
2 - MURAMOS

Unos doce argelinos que habían llegado hasta allí a pie, estaban tumbados en la arena de las dunas y tiroteaban sobre seguro el automóvil. No era probable que les alcanzase ninguna bala, y menos que la presa consiguiera escapar. Más de una docena de balas debían de haber atravesado ya el motor y reventado los neumáticos. Y en cuanto a las dos personas que seguían vivas, no podrían continuar ofreciendo resistencia durante mucho tiempo.

Héctor descabalgó y dio un golpe en el anca al animal. Este

descendió duna abajo, pero sin excesivo entusiasmo. No se alejaría demasiado de allí ni perdería su trágica calma.

Con calma, el legionario echó hacia atrás el cerrojo de su metralleta y apuntó, tumbado en el suelo.

Igualmente que insectos rabiosos, los proyectiles zumbaron sobre los argelinos. La ráfaga recorrió una hilera de estos, acribillando uno tras otro seis cuerpos. Todos se retorcieron sobre la arena, soltando sus fusiles y lanzando alaridos de dolor. Los que no habían sido alcanzados corrieron inmediatamente hacia la otra vertiente de la duna para no estar descubiertos.

Pero eso facilitó el tiro de los que disparaban desde abajo. Dos de los rebeldes cayeron atravesados, mientras con sus últimas balas Héctor perforaba la espalda de tres más. Solo uno logró llegar al otro lado de la duna, pero no se entretuvo allí ni un segundo.

Continuó su carrera en dirección sur, gesticulando igual que si se hubiese vuelto loco.

Menos de un minuto había bastado a Héctor Martín para resolver la situación. Cuando uno es atrapado por sorpresa en el desierto, su suerte suele estar ya decidida, porque la arena dificulta los movimientos. Y aquellos doce hombres habían sido cazados plenamente por sorpresa. Héctor vio que no quedaba ya ninguna bala en su metralleta, lanzó un suspiro y se puso en pie.

Desde lo alto de la duna pudo contemplar el paisaje y el automóvil que estaba abajo, detenido, y del que no brotaba ya ningún disparo. La carretera limitaba por un lado con la zona desértica en que ahora se encontraba él, y por otro con unos campos tristes y sombríos donde apenas crecían algunas legumbres. Ni una sola habitación humana se atisbaba en la distancia.

Descendió hasta la carretera. El hombre que estaba muerto junto al automóvil era un argelino, pero sin duda de los que vivían en paz con los franceses. Iba bien vestido y un fez cubría aún su cabeza. Las balas debían de haberle alcanzado todas en el pecho, porque bajo él se había formado un extenso charco de sangre.

En cuanto al que estuvo disparando desde el interior, a Héctor le bastó una leve mirada para convencerse de que el individuo también estaba muerto. Se había desangrado materialmente, y sin duda utilizó su arma hasta perder la última gota. Ahora ya todo había terminado para él. Tenía la cabeza echada hacia atrás en el

respaldo, la boca y los ojos abiertos y la piel espantosamente blanca. Era un tipo joven, europeo, y vestía bien.

Quedaba el otro, el que había estado haciendo fuego desde debajo del vehículo.

Héctor vio que este era un “Mercedes Benz” último modelo, limpio y pulcro. Uno de esos coches en que uno se pone a soñar después de una borrachera. Solo que a este lo habían atravesado por más de veinte sitios. Después de aquello ya nadie daría cien francos por él.

Habiendo ya examinado el coche, y en vista de que el tercer personaje no salía, Héctor retrocedió dos pasos y gruñó:

—Bueno, ¿es que se ha quedado dormido ahí abajo? ¡Salga de una vez!

Nadie le respondió. Entonces Héctor se arrodilló, aun exponiéndose a recibir un balazo decisivo, y miró debajo del “Mercedes”.

La posibilidad del balazo dejó de importarle.

Dejó de importarle su nombre, su misión, el mes de permiso y los sueldos atrasados que aún había de cobrar.

Dejó de importarle todo.

La que había allí debajo era una mujer, pero no una mujer cualquiera. No una mujer como las que uno suele tratar o como las que suele ver en los escaparates de los fotógrafos especializados en retratos de novios. No. No era una mujer de las que aparecen por la calle, sino de esas que no se ven nunca, porque el marido o el padre no las dejan salir de casa. Un verdadero monumento.

Héctor Martín lanzó un silbido.

La dama debía de tener unos veinticinco años, y por lo tanto no era ya una niña. Debía de saber por tanto exactamente la importancia que tiene llevar un vestido de este modo o de otro, tenderse en el suelo de una o de otra manera. Y ahora había puesto todos esos conocimientos en práctica.

Llevaba una pistola en la mano, pero Héctor ni lo vio.

La mujer estaba tendida de costado y procurando que sus caderas quedasen remarcadas lo mejor posible. Lucía un vestido negro tan ceñido que uno temía fuese a reventar, aunque la dama no era gruesa. Usaba medias oscuras y zapatos negros. La

combinación visual que ideó con estos tres elementos —su vestido, sus piernas enfundadas en fino “nylon” y sus zapatos de aristocrático corte— era discreta y al mismo tiempo de una astucia diabólica. Héctor Martín quedó con la boca abierta y la sensación de que una duna de arena había volado hasta allí y le había caído encima.

Pero esto duró un segundo.

—Vamos —silbó—. Arrástrese para salir de ahí y deje de hacer exhibiciones. Es inútil que se moleste porque soy corto de vista, hermana.

La mujer apretó los labios y lanzó una maldición en árabe.

Porque además la mujer no era europea, sino argelina. Y cuando a una argelina de tan descomunal belleza como la de aquella mujer se le ocurre vestirse a la última moda de París, lo mejor que puede hacer uno es no mirarla.

—Primero dígame quién es usted —exigió al fin en francés—. ¡Y recuerde que le estoy apuntando con una pistola!

Héctor lanzó una imprecación, extendió el brazo y de un solo golpe hizo saltar el arma de entre los dedos de la desconocida. Esta volvió a maldecir en árabe, mientras trataba de sujetarle la mano. Héctor se la dejó sujetar, dejó que ella se la zarandease un poco, lo que fue una verdadera caricia, y luego lanzó un “¡Basta!”

Tiró de la mujer hasta sacarla de debajo del coche. Ella pataleó, se resistió y profirió maldiciones en cuatro idiomas distintos. Por fin Héctor la sujetó por los hombros, la puso en pie, la zarandeó un poco y...

La mujer se quedó rígida al principio. Luego se dobló un poco hacia atrás. Y por fin manifestó:

—Durante un viaje por el África negra, descubrimos un nativo en el interior de una trampa para leones. Sin duda había caído inadvertidamente allí y se estaba muriendo de hambre. Lo sacamos y le dimos comida.

—Muy interesante —comentó Héctor—. ¿Y qué?

—Es que me he acordado de los ojos con que aquel negro miró la comida. Son exactamente iguales a los ojos con que me has estado mirando a mí.

—Ese negro tenía muy mal gusto —susurró el legionario—.

Debió haberte escogido a ti, en lugar de la comida.

La mujer retrocedió un paso. Desde su nueva posición examinó a Héctor de pies a cabeza, deteniéndose en cada detalle de su rostro y su figura. Al fin sonrió.

—Me gustaría encontrarte algún día dentro de una trampa para leones, hermano. Es posible que te dejara elegir.

—Bueno, basta de carantoñas que no conducen a ninguna parte. Yo soy Héctor Martín, español por nacimiento y en la actualidad, por puro accidente, miembro de la Legión Extranjera francesa. Mi altísima graduación, como puedes ver, es la de cabo, con fundadas esperanzas de llegar a sargento algún día, si no me jubilan antes. Me gustan las bebidas fuertes, las películas del Oeste y las mujeres cuando se parecen a ti. Y ahora que me he presentado, ¿quién diablos eres tú? ¿Quiénes son esos tipos que te acompañaban? ¿Hacia dónde ibais?

La mujer parecía haber recobrado toda su serenidad. Se apoyó en la maltrecha carrocería y contempló a Héctor con los ojos entornados.

—Me llamo Daila.

—Hermoso nombre. ¿De qué harén te has escapado?

—Por ahora de ninguno. Pero es posible que algún día tenga que hacerlo. Soy bailarina.

—¿Y actuabas en esta zona? De ser así, hubiera oído mencionar tal nombre.

—No, no actuaba en esta zona. Vengo de Casablanca. Estos caballeros que tan desdichadamente han acabado sus días me acompañaban desde allí, sin que hasta ahora hubiésemos tenido el menor accidente. Llevamos casi diez días en este automóvil, deteniéndonos en algunos sitios. Mi destino era Constantina.

—¿Qué ibas a hacer allí?

Daila sonrió.

—Un poderoso político deseaba conocerme. Es posible que quisiera convertirme en su esposa. Este coche es suyo, y estos dos hombres eran sus pistoleros de confianza.

Héctor los examinó de nuevo, como si aún quisiera convencerse de que estaban muertos de verdad.

—No tendrás más remedio que venir conmigo. Este trasto no

puede rodar un kilómetro más. Yo tengo un caballo por aquí cerca.

—¿Estabas de patrulla?

Los ojos de Héctor se ensombrecieron un poco.

—No. Transportaba una muerta.

Dio media vuelta y se alejó unos pasos. Luego volvió la cabeza un poco, para decir:

—Tendrás que aguardarme aquí. Estaré de regreso dentro de cinco minutos.

Echó a andar hacia las dunas y se perdió tras uno de los montículos. Los cadáveres de los argelinos yacían en las más diversas posturas, y el caballo con la mujer muerta husmeaba entre ellos. Héctor revisó las armas esparcidas por el suelo, escogió otra metralleta con su cargador completo y luego tomó al caballo de la brida, haciéndolo descender hacia la carretera.

Algunos pajarracos negros daban ya vueltas a gran altura, por encima de los muertos,

Héctor salió a la cinta asfaltada por detrás de una de las dunas y, tras caminar unos cien metros, llegó hasta el lugar donde habían ocurrido los últimos sucesos. Pero el coche ya no estaba allí.

Héctor lanzó una exclamación de sorpresa, hasta que se dio cuenta de lo que realmente había sucedido. Incluso debió preverlo antes, contando con la posible reacción de la mujer.

Probablemente, el “Mercedes” fue alcanzado en algún punto vital del motor por las primeras balas, y su conductor echó el freno de mano para no estrellarse, pues la carretera era descendente en aquella zona y marcaba algunas pronunciadas curvas. Luego sobrevino el tiroteo y su intervención. Y sin duda ahora la mujer se había introducido nuevamente en el coche, soltado el freno y puesto la marcha en punto muerto. El automóvil habría ido descendiendo por inercia, aumentando su velocidad y alejándose de allí a toda prisa. Hacía falta estar muy loco para salir en tales circunstancias, pero todas las mujeres lo están un poco. Allá ella si quería matarse en lugar de esperar a que la mataran, como era su obligación de mujer hermosa en una tierra tan maldita como aquella.

Montó de nuevo a caballo y emprendió un trote corto siguiendo la carretera. Una hora después, y sin haber tenido ningún nuevo

tropiezo, llegaba a Constantina y se presentaba en su acuartelamiento.

Llevaba encima los documentos de la muerta: Anne Garzen, de diecinueve años, nacida en Marsella. Los miró y volvió a guardarlos mientras pensaba todas las cosas tristes que un hombre puede pensar en semejantes circunstancias. Pero al fin se encogió de hombros y se dijo que en lo que a él se refería ya la había vengado bien.

El sargento de su pelotón se llamaba Franchot. Usaba solemnes bigotazos, llevaba quince años en la Legión y le gustaba la guerra porque mientras esta dura nadie se fija en si un suboficial se emborracha. Recibió a Héctor con grandes risotadas, mientras se golpeaba el voluminoso vientre.

—¿Qué traes ahí, granuja? ¿Coñac? ¿O es que has raptado a una muchacha?

—Lo que llevo ahí es una chica, Franchot, pero está más muerta que el mariscal Joffre. Tengo una orden del teniente Villeneuve para entregarla al juez militar.

—¡No me digas! ¿Es que se ha muerto de susto al verte?

—Ha sido atacada por un grupo de argelinos.

El rostro de Franchot se ensombreció de repente.

—Mal asunto, muchacho. Esto le hace perder a uno la moral. Corre a entregarla y procura olvidarte de ella.

Héctor llevó su lúgubre carga hasta el edificio que ocupaban los juzgados militares de la plaza, contiguo al acuartelamiento. Allí entregó el “bulto”, junto con los documentos y la orden del teniente Villeneuve, a un capitán del Cuerpo Jurídico llamado Goret.

—Está bien, cabo. Puede retirarse. Ya ha terminado su misión.

—¿Qué van a hacer con el cadáver?

—Le haremos practicar la autopsia, naturalmente, y se elevará a la superioridad un informe para obrar en consecuencia cuando se dé con los culpables de esto.

—Casi todos los culpables están muertos, señor. Solo han escapado con vida tres o cuatro argelinos, de uno de los cuales sé el nombre: Se llama Sener.

El capitán se acarició la mandíbula.

—Sener es un nombre que ha aparecido ya varias veces en los

sumarios. No tiene filiación política y ni siquiera es de padres argelinos. Actúa por móviles rastreros, como el pillaje. Y se pirra por las chicas.

—En tal caso, lamento no haber acabado con él también, señor.

—Si nuestro ejército vuelve a ser algún día el que fue, esas bandas durarán poco tiempo. Pero por ahora, no hacen más que crecer. En fin, Martín, no piense más en ello. Vaya a su dormitorio, tumbese y coja una borrachera si puede. Yo ya me encargaré de que lleven este cadáver al depósito y practiquen la autopsia.

Héctor saludó desmayadamente y se retiró. Fue directamente al cuartel porque necesitaba descansar. Pero antes aún tenía que entregar el correo y dar parte de la muerte de dos de sus hombres.

—Oiga, Franchot, aquí tiene el correo. ¿Qué cree que pasará si dejo hasta mañana lo de hacer el parte? He perdido dos hombres.

Franchot, que estaba contando botellas en la cantina, se volvió para mirarle.

—No pasará nada, porque todos los jefes están fuera del cuartel. Duerme tranquilo.

—Está bien, gracias.

Entró en el dormitorio y se dirigió a su cama de campaña. Los cuarteros leían cansinamente en un rincón de la nave.

—¡Eh, tú, Martín! ¡Tienes una carta!

—¿Yo? ¿Cuándo se ha recibido?

—Hace dos días, cuando saliste. Está encima de tu cama. ¡Ah, y es un sobre rosa, de mujer!

En efecto, allí estaba. Era un sobre rosa, alargado, que aún despedía un suave perfume. No presentaba nombre de remitente. Héctor lo rasgó y extrajo un papel del mismo color. Empezó a leer:

“Héctor, mi único, mi más apasionante amor...”

Se pasó la mano derecha por los cabellos y gruñó:

—¡Atiza!

Pero siguió leyendo. Siguió leyendo la carta, que decía:

“Necesito verte. Te necesito con toda la fuerza de mi sangre, con toda el ansia de mi corazón

enamorado. Ven a mi departamento apenas recibas esta carta. Ven, amor...”

Y firmaba Jacqueline Blay.

Capítulo IV

EL ZAPATO DE LA CENICIENTA

HÉCTOR MARTÍN se tumbó sobre el camastro.

¡Vaya! Jacqueline Blay.

La mujer más seductora, más elegante que había conocido. La más experta en el delicado arte de enamorar. La más peligrosa. ¡Y le había escrito a él!

Con los ojos cerrados, mientras se dejaba vencer por la fatiga, trató de recordar los menores detalles de aquella aventura. Todo había sido de lo más vulgar, teniendo en cuenta que estaban en África. La calleja del barrio indígena... La mujer que camina sola... Dos nativos que intentaban robarla... Los espectadores de la escena que no intervienen para nada en el suceso, dejando hacer a los asaltantes... Y él.

Héctor abrió los ojos y se incorporó a medias en su camastro. Sí, él. Siempre él metido en líos, en peleas, en emboscadas. ¿Por qué había nacido así, con aquella sangre? ¿Quién diablos le hacía oler el peligro de aquel modo y estar siempre allí donde crepitaban las pistolas o relucían los puñales?

Entró Franchot.

—¿Qué te pasa, Martín? ¿No duermes?

—Quería dormir. Pero fíjese en esto.

Franchot tomó el sobre, lo olió y luego se sentó en la cama para leerlo.

—Oye, la firma dice “Jacqueline Blay”. Y Jacqueline Blay es la prometida del teniente Villeneuve.

—Sí, eso es lo bueno.

Con los dos puños bajo el mentón, siguió recordando. Los dos indígenas se pusieron pegajosos, sacaron puñales... y él les reventó

las cabezas a culatazos. Después de arrastrarlos hasta el puesto de acuartelamiento más próximo, los curó, dejándolos a disposición del juez militar. Pero aquella misma noche los dos argelinos se suicidaron, cosa que Héctor no entendió entonces ni entendería nunca, ya que por el delito que acababan de cometer no les hubiese correspondido una pena demasiado grave. Pero, en fin, los argelinos eran la gente más rara con la que se había encontrado jamás.

Vio cómo a Franchot se le hinchaban las narices de tanto oler la carta.

—Oye, ¿cómo empezó esto?

—Esa tal Jacqueline tuvo un jaleo en la calle. Dos nativos la atacaron cuando paseaba sola durante la noche.

—¡Ejem! Claro. Es una mujer tan...

—¿Atractiva, no? Pues se equivoca, Franchot; no la atacaron para saber si tenía la piel fina, sino para robarle. Intervine yo y los dejé medio desnucados. Al ver cómo les atizaba, Jacqueline me miró de una manera...

Franchot se acercó más a él, atusándose el bigote y brillándole los ojos de excitación.

—¿Y qué? ¿Y qué?...

—Nada. Sencillamente nada, sargento. Me dejó una tarjeta para que fuese a visitarla a su departamento. Fui dos días más tarde y me recibió vistiendo una bata de gasa transparente.

Los ojos de Franchot parecían dos globos. Bramó:

—¡Continúa!

—Tampoco ocurrió nada, sargento. Aquel día acababa yo de salir de guardia y estaba dormido. Bebí un combinado, apoyé la cabeza en su hombro y me quedé como un nene. Pero Jacqueline no se enfadó conmigo.

Franchot se puso en pie y apretó los puños, furibundo.

—¡Eso es de idiotas! ¡Tenía yo otro concepto de usted, cabo Martín! ¡Merecería quedar arrestado! ¡Dormirse sobre el hombro de una dama como Jacqueline Blay!

—No grite tanto, sargento. Todo esto a los cuarteros no les importa nada.

Franchot se dominó.

—Bueno, y ahora te escribe...

—Sí, eso es. O, mejor dicho, me escribió anteayer. A pesar de todo, quiere que vuelva a visitarla.

—Hay tipos con suerte. ¡Que una mujer como Jacqueline prefiera un cabo advenedizo a un sargento veterano como yo, un verdadero profesional que no se duerme en acto de servicio! ¡Bah! Uno no recibe más que desengaños en el ejército. Pediré la licencia y en paz...

Dio media vuelta y se alejó refunfuñando. Héctor dobló la carta y la guardó en uno de sus bolsillos. Luego se levantó y fue a los lavabos para asearse un poco. Se puso el uniforme de paseo y salió.

Jacqueline tenía su domicilio en el otro extremo de la ciudad, en un gran edificio funcional estilo americano que se alquilaba por departamentos.

Subió al piso y llamó. No le contestó nadie.

“Es extraño —pensó—. Me dijo que por las tardes solía estar aquí...”

Descendió. El portero no estaba junto al tablero de las llaves. Tranquilamente, Héctor descolgó la que correspondía al departamento de Jacqueline, lo que pudo averiguar fácilmente por las indicaciones del mismo tablero. Hecho esto volvió a subir.

El departamento constaba de dos habitaciones, y se hallaba vacío. Producía ello una impresión doblemente extraña por cuanto la radio estaba funcionando en un tono muy bajo.

El joven se acercó al receptor y lo tocó. Estaba ardiendo; por lo menos funcionaba desde primeras horas de aquella mañana. Con un gesto de extrañeza lo cerró.

Todos los muebles y ropas estaban en orden. Hasta en los menores detalles se adivinaba que allí vivía una mujer hermosa. Pero las habitaciones eran sin ella como un estuche vacío, como un engaño o como una trampa...

Héctor se sentó en un diván, se preparó un combinado, y mientras lo saboreaba transcurrió un cuarto de hora. Entonces le empezó a parecer incómodo aquel silencio. Se levantó y salió al exterior, cerrando la puerta con llave. Iba tan absorto que olvidó dejarla en el lugar de donde la tomara.

Todo lo que había vivido durante aquella intensa jornada

vibraba aún en sus nervios, que estaban tensos como cuerdas de violín. Le dolía la cabeza y una especie de pesadumbre se apoderaba por momentos de él. Era como si al caer el crepúsculo lentamente sobre la ciudad, cayese también el crepúsculo sobre su corazón y sobre todos sus pensamientos.

Volvió al acuartelamiento y se tropezó con el capitán Goret. Este manifestó:

—Me he dado mucha prisa en lo de aquella pobre muchacha. Dentro de un rato le practicarán la autopsia. ¿Quiere verla?

—No, gracias —respondió—. Ya ha habido bastantes espectáculos desagradables por hoy. Gracias.

A Héctor le daba demasiada lástima lo ocurrido con Anne Garzen para, además, contemplar su cadáver mientras los médicos lo abrían para la autopsia. Y por eso dijo que no. Pero hay momentos en que el dolor es tan intenso que no se equilibra y se sacia sino con la contemplación de más dolor. Hay veces en que un hombre que ha tenido que causar muchas muertes necesita justificarse moralmente a sí mismo viendo por qué las ha causado. Y en las profundidades del pensamiento del joven nació un oscuro deseo de despedirse del cadáver de Anne, el que había transportado a través de aquella ruta infernal. Sin que apenas se diera cuenta, sus pasos le llevaron hasta el depósito de cadáveres.

Este solo tenía dos mesas, y en una de ellas estaba el cuerpo.

Héctor se estremeció al verlo.

No porque un cadáver siempre impresione. No porque ese cadáver sea el de una mujer asesinada en la flor de la vida. No por eso... ¡Cien veces no! Héctor se impresionó solamente porque aquel no era el mismo cadáver. ¡Porque aquel no era el cuerpo de Anne Garzen, el mismo que él encontrara en la habitación de la granja!

* * *

Se acercó al capitán Goret y le preguntó:

—¿Es este?

—Sí. ¿O es que acaso no lo vio usted antes de traerlo?

Héctor no contestó. Se acercó a la mesa de mármol y contempló con detención aquel cuerpo.

Primer detalle: Los vestidos que lo cubrían no eran los mismos

que cubrían a la desgraciada Anne en el momento de entrar él en la habitación. Segundo detalle: este cuerpo pertenecía a una mujer más alta, gruesa y en general más formada que Anne. Y tercero: Toda su cara había saltado a consecuencia de uno o dos balazos disparados a quemarropa, bajo la mandíbula.

El legionario notó que unas gotitas de sudor brotaban de sus sienes.

—¿Qué le ocurre, Martín? ¿Se ha impresionado?

Tampoco contestó. Sus dos manos sujetaban fuertemente, sin que él mismo lo advirtiera, el borde de la mesa.

—Ya comprendo. A pesar de todo, usted no había visto nunca una cabeza destrozada de esta manera. Sin duda, alguna de aquellas fieras le puso una pistola bajo la barbilla y apretó el gatillo una o dos veces. Desgraciadamente, este es un crimen corriente cuando la víctima se resiste a ser dominada.

Dio una vuelta alrededor de la mesa y señaló los sacos que habían servido de mortaja, junto con una gran toalla completamente empapada en sangre.

—Esta toalla iba enrollada sobre la cabeza —explicó Goret— para que no goteara la sangre fuera del “paquete”. Desde luego son estos mismos los sacos en que usted trajo el cuerpo, ¿no?

Héctor apenas los miró. Solo asintió débilmente.

—Sí, los mismos.

—Está bien, no ponga esa cara. Van a proceder a la autopsia. ¿Quiere quedarse?

Héctor levantó los ojos y en lugar de contestar hizo una pregunta:

—¿Cuánto tardarán?

—¡Hum! Depende. Aproximadamente, dos horas.

—Entonces no me quedo. A sus órdenes.

Salió de la habitación y luego del edificio. Su cabeza zumbaba como un motor de dos tiempos. Las sienes le hacían daño. Se dio ahora cuenta de que sudaba como un condenado; por fuerza Goret tuvo que notar que le ocurría algo extraño.

La noche había caído ya sobre Constantina.

Héctor comenzó a deambular por las calles, como un sonámbulo. Todo aquello era tan extraño y tan brutal al mismo

tiempo que le resultaba imposible concretar sus ideas. ¿Por qué le habían entregado un cadáver que no era el de Anne Garzen? ¿Quién era el responsable del trueque? ¿Villeneuve, tal vez el mismo Goret? ¿Ya quién correspondía ese segundo cadáver, por todos los diablos?

Introdujo las manos en sus bolsillos y entonces sus dedos rozaron la llave del departamento de Jacqueline.

Y sobrevino la idea.

Fue al principio como una sospecha dolorosa e inconcreta; luego, como un relámpago de luz. Pero una luz que solo sirvió para iluminar sombras y espectros.

Nuevamente Héctor fue al departamento de Jacqueline y, con la llave que conservaba en su bolsillo, abrió. Dentro todo seguía igual. Solo que por los ventanales ya no entraba luz y las habitaciones tenían un aspecto misterioso y un poco siniestro. Encendió las lámparas y comenzó a mirar a su alrededor.

Tras varios minutos de búsqueda encontró dos cosas que podían servirle para el fin que se proponía: un zapato de ante negro y un reloj con cadena de oro y doble cierre de seguridad.

Apagó la luz, salió y cerró cuidadosamente. Luego dejó la llave en el tablero, haciendo caso omiso de las palabrotas del encargado. Fue directamente y sin pérdida de tiempo al depósito de cadáveres.

Había transcurrido aproximadamente una hora desde que salió de allí, pero al parecer los médicos ya habían concluido la autopsia. La sala estaba cerrada y a oscuras. Héctor dio al portero quinientos francos para que le dejase entrar.

—Deseo inspirarme para un cuento de miedo —dijo como disculpa.

Y, en efecto, lo de allí dentro era muy adecuado para inspirar historias de horror. La luz lunar entraba directamente por una ventana abierta y se derramaba sobre las dos mesas. El cadáver de la mujer estaba aún sin cubrir. Y debían de haberlo cosido a toda prisa.

Procurando serenarse, Héctor colocó el reloj en la muñeca. Coincidía. La cadena estaba cortada para una muñeca de aquel diámetro. Puso el zapato en el pie izquierdo del cadáver. Coincidía también. Y se fijó en que el reloj estaba parado a las doce, como en el cuento de la Cenicienta. Pero esta vez la muchachita del zapato

no se había casado con ningún príncipe.

Héctor apretó los labios mientras contemplaba el cuerpo destrozado de Jacqueline Blay.

Capítulo V

RETORNO AL “PARAISO”

VILLENEUVE estaba más pálido que de costumbre aquella noche. Héctor apreció esto claramente cuando le vio encender el cigarrillo.

Por unos segundos la llamita del fósforo iluminó el rostro del teniente, que vestía de paisano. Luego lo envolvió el humo del cigarrillo que acababa de encender.

Esto ocurría tras los barracones del “Circo Jackie Burns”, en un callejón limitado por estos y por una tapia blanca. Hasta el lugar llegaban las músicas que acompañaban a las diversas atracciones y los gritos y carcajadas de los espectadores que habían acudido al Circo.

El teniente Villeneuve también se dirigía hacia allí. Posiblemente, quería olvidar sus preocupaciones viendo actuar a los payasos y los equilibristas.

Dio otra larga chupada a su cigarro y luego lanzó el humo.

El puño surgió entonces de las sombras.

El cigarrillo que Villeneuve sostenía entre los labios quedó aplastado sobre estos. Luego, al segundo puñetazo, saltó, pero ya manchado de sangre. Un nuevo golpe, este un alucinante directo a la sien, y Villeneuve cayó a tierra lanzando un gemido.

Llevaba una funda axilar con pistola. Fue a extraerla e incluso llegó a tocar la culata.

Héctor Martín surgió entonces de entre las sombras. Avanzó como un bólido contra su superior y movió ambas piernas casi a la vez, con una velocidad centelleante. Un puntapié fue a la mano con que Villeneuve empuñaba, la pistola, haciendo saltar el arma. El otro fue hacia el mentón del teniente, quien cayó hacia atrás con la

sensación de que estaban convirtiendo su cabeza en pasta para papel.

—¡Loco! —pudo rugir, sin embargo—. ¿Te das cuenta de lo que haces?

Héctor estaba ante él, con las piernas entreabiertas, mirándole sin un asomo de miedo ni de compasión en sus ojos.

—Hemos de hablar, Villeneuve.

—¡No te permito que me llames Villeneuve a secas! ¡Emplea el tratamiento que me corresponde!

Héctor se inclinó sobre él, lo levantó de un brusco tirón y luego lo empujó como a un pelele contra la blanca pared. De rechazo volvió a cazarlo con dos ganchos demoledores que dejaron a Villeneuve completamente deshecho.

—Tú solo tienes un tratamiento y es este: ¡granuja Villeneuve! ¡Vas a hablar conmigo aunque no quieras, y vas a contestar a todas mis preguntas o te arrancaré la piel!

El teniente gimió, palpándose su mandíbula magullada. Los tambores del circo comenzaron en aquel momento a redoblar anunciando algún salto mortal.

—En este territorio rige la ley marcial, cabo Martín. ¡Y esto le costará el piquete!

Héctor esgrimió de nuevo ante él ambos puños. Y Villeneuve se arrugó.

—¿Qué quieres saber?

—¡Quiero saber, en primer lugar, qué ocurrió con el cadáver de Anne Garzen!

Brillaron los ojos de Villeneuve, y entreabrió la boca, asombrado, adelantando la cabeza como si le hubiesen asestado un mazazo en la nuca.

—No te comprendo...

—¡Ni yo puedo perder tiempo, Villeneuve! ¡Habla o te desharé la cara a puñetazos! ¡El cadáver que yo traje a Constantina era el de Jacqueline Blay! ¡El cadáver de tu misma prometida!

Las facciones del teniente sufrieron una repentina crispación. Se echó hacia atrás, rechinando los dientes, y movió los dos puños a la vez. Héctor recibió el doble golpe en el rostro y retrocedió dando traspiés, hasta que su espalda chocó contra uno de los carromatos.

—¡Mientes! —rugió Villeneuve—. ¡Mientes!

—¡Maldita sea! ¡Digo la verdad! ¡Y si esa verdad no entra en tu cabeza, te haré un agujero en ella para facilitarle el paso! El cuerpo que traje a la ciudad era el de Jacqueline Blay, ¿me entiendes? ¡Jacqueline Blay!

El teniente avanzó dos pasos y sujetó al cabo por las solapas de la guerrera. Héctor se dejó sujetar. Los ojos de los dos hombres llamaron al contemplarse frente a frente, a aquella breve distancia.

—Entonces, todo esto solo tiene una explicación, Martín.

—¿Cuál?

—Que la mataste tú. Que por un motivo u otro acabaste con Jacqueline Blay, a la que ni siquiera conocías. ¡Y este será un motivo más para que acabes ante el piquete, granuja!

Héctor no estaba aquella noche para soportar amenazas. Apretó los labios y tendió los brazos para propinar al teniente un empujón. Pero a mitad del movimiento, se detuvo de improviso.

Villeneuve acababa de decir: “Por un motivo u otro acabaste con Jacqueline Blay”. Y si Villeneuve decía esto, ¿por qué no iban a decir lo mismo los miembros del Tribunal en el caso de que él fuera juzgado?

Otra vez Héctor sintió cómo en sus sienes nacía un sudor helado. De repente la luz se hizo en su cerebro, pero fue una luz siniestra. Lo quisiera o no, él había transportado a Constantina el cadáver de Jacqueline, lo había entregado al capitán Goret, había estado en el departamento de la muchacha siendo visto por un testigo... Todo esto podía resultar terrible si alguien se encargaba de concretar una acusación contra él. Y ante una situación así, solo había un medio de defensa: negar que el cuerpo perteneciera a Jacqueline Blay. ¡En realidad, él era el único que conocía esta circunstancia!

—No debiste haberme dicho eso —silbó Villeneuve—. Tú mismo te estás complicando la vida. Y además, ¿cómo supiste que se trataba de Jacqueline? ¿La conocías, acaso?

Héctor no estaba dispuesto a explicar que había vivido casi una aventura con la muchacha. Y, a regañadientes, declaró la verdad:

—Le habían destrozado la cara con uno o dos balazos. Pero

pude reconocerla por algunos detalles. Jacqueline Blay era una antigua conocida mía.

Villeneuve crispó las mandíbulas, mientras acercaba sus puños a la cara del joven. Pero cuando vio que este adoptaba de nuevo una actitud ofensiva, se replegó.

—¿Cómo la conociste?

—Eso no te importa.

Los ojos de Villeneuve brillaron peligrosamente, y su boca se torció en una mueca que deformaba todo su rostro.

—Hay una cosa muy concreta, Martín. Si esa mujer resultaba irreconocible por tener deshecha la cabeza, ¿cómo explicarás ante el Tribunal Militar que era Jacqueline? ¿En qué lío te has metido?

Héctor permaneció unos instantes silencioso, concentrado en sí mismo. Y Villeneuve sugirió:

—Debes haberte equivocado...

Sí, era muy posible que se hubiese equivocado, pensó Martín. De hecho, diciendo que el cadáver que había traído a la ciudad era el de Anne Garzen, cosa que, por lo visto, nadie iba a discutirle, su responsabilidad quedaba completamente salvada, y el lío se deshacía como un terrón de azúcar en agua. Pero existía el inconveniente de que aquello no era cierto. Si él guardaba silencio se convertía ni más ni menos que en cómplice de un crimen.

Villeneuve adivinó sus pensamientos.

—Yo no sé qué diablos te ha ocurrido, Martín. Pero sí puedo decirte que más vale convertirse en cómplice de un crimen que en culpable del mismo.

El puño derecho del joven salió disparado de repente, y Villeneuve cayó hacia atrás con los labios deshechos.

—Tus palabras solo significan una cosa: ¡que la mataste tú!

—¡Te has vuelto loco, Martín! ¡Las últimas peleas te han convertido en un visionario! ¡Tienes el sol de África metido en la cabeza, eso es lo que te ocurre! ¡Jacqueline no estaba en la granja ni en sus cercanías! ¿Qué diablos me importa a mí lo que a ti se te haya ocurrido imaginar?

—¡Pero tú involucraste el cadáver! ¡Solo tú pudiste hacerlo!

—¡Repito que estás loco, Martín!

El legionario cerró un instante los ojos. Todo aquello era tan

extraño que incluso llegaba a pensar si el cuerpo de Anne no habría recibido una bala en la cara mientras él peleaba en el desierto para salvar de la muerte a Daila. Pero no, no podía ser. Esto no explicaba la toalla tan cuidadosamente arrollada en torno a la cabeza para que no manase sangre. E incluso pensó si no sería posible que, mientras él hablaba con Daila, alguien hubiese sustituido el cadáver, puesto que el caballo quedó más de quince minutos solo. Pero en tal caso él hubiera encontrado huellas, indicios, algo... Definitivamente, todo lo sucedido solo tenía una explicación, y era que Villeneuve, por extraño que pareciera, había ocultado el cadáver de Anne y puesto en su lugar el de Jacqueline con la intención de que le hicieran la autopsia y la enterraran con el nombre de la pobre muchacha de la granja. Incomprensible, pero era la única explicación. Y Héctor comprendió en este momento que para resolver algo debería obrar con astucia y no lanzando ganchos a la mandíbula. No podía triturar a Villeneuve, ni era probable que este dijese ya más de lo que había dicho.

—Yo, en tu lugar, quizá sentiría más la muerte de Jacqueline.

El teniente se levantó y se limpió con el dorso de la mano la sangre que cubría su boca.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Llorar? ¡Las mujeres viven y mueren como los hombres, ya lo sabemos! Si no puedo casarme con Jacqueline... ¡mala suerte!

Uno puede estar endurecido por largos años de permanencia en la Legión, pero no hasta ese extremo. A Héctor no le pareció natural que Villeneuve dijese sencillamente: “¡Mala suerte!”, después de saber que a su prometida la habían asesinado deshaciéndole luego la cara de dos disparos. Pero esta sospechosa actitud no era ninguna prueba, y por eso decidió callar.

—Buenas noches, Villeneuve. Denúnciame si te da la gana.

Dio media vuelta y se alejó. Procedente del circo aún se escuchaba el redoblar de los tambores. Y sobre ellos la voz airada de Villeneuve:

—¡Te denunciaré! ¡Claro que te denunciaré, canalla!

Mientras Héctor salía del callejón, siguió increpándole:

—¡Comparecerás ante un Consejo de Guerra!

El joven sabía que Villeneuve tenía una pistola cargada al alcance de su mano, pero no se volvió. El teniente no sería tan

estúpido como para descerrajarle un tiro ahora que podía encarcelarlo para mucho tiempo si le venía en gana. No, no sería tan cobarde como para disparar.

Pero esta confianza por poco le cuesta la vida.

Oyó a su espalda el chasquido peculiar de una pistola al ser montada. Y se arrojó al suelo, justamente cuando la bala salía del cañón en busca de su cabeza.

Lanzó una maldición y luego un insulto que sin duda hizo enrojecer unas orejas tan encallecidas como las de Villeneuve. La segunda bala restalló contra la pared blanca y trazó unos caprichosos círculos en la arena de la calleja. Héctor, que no llevaba armas, empezó a deslizarse bajo los barracones del circo. En estos resonaron gritos y maldiciones en varios idiomas. Las luces de varios de ellos se apagaron de repente.

Villeneuve debió de considerar difícil su situación, y se retiró. Si la primera bala hubiese dado en el blanco, le habría sido fácil atribuir la muerte del cabo Héctor Martín a una emboscada de los terroristas. Pero fallado el primer tiro, no podía arriesgarse más.

Cuando el legionario se convenció de que Villeneuve estaba ya lejos, se puso en pie de un salto y salió él también a toda prisa del lugar. Lo que acababa de suceder le había convencido de que aquello era de lo más trascendental con que se había tropezado en su vida. Y estaba dispuesto a resolver el enigma, arrojando todas las consecuencias.

Solo una posibilidad quedaba de demostrar que él tenía razón: Volver a la granja, encontrar el cadáver de Anne Garzen y llevarlo a Constantina. Como los documentos que el capitán Goret tenía en su poder iban provistos de fotografía, no sería difícil demostrar la identidad de la muchacha. Y entonces quedaría claro que el otro cadáver pertenecía a Jacqueline Blay, sobre la que probablemente ya se habría cursado denuncia por su desaparición. A Villeneuve le correspondería entonces explicar cómo había ocurrido lo del trueque de cadáveres, y cómo había sido posible tan estupendo milagro.

Cierto que lo más conveniente para su salud sería dejar las cosas como estaban entonces. Pero Héctor Martín era de los pocos hombres que prefieren ser juzgados como autores de un delito antes que como cómplice del mismo, si en el primer caso tienen

más limpia su conciencia. De modo que resolvió salir al día siguiente en dirección sur y regresar a la granja que fue escenario de tan sangrientos sucesos.

Al entrar en el dormitorio de la compañía encontró a Franchot preparándose junto con cinco hombres. Llevaban completo el equipo de campaña, la totalidad, del armamento y tantas municiones como podían transportar. En estos momentos parecían arsenales con patas.

—¿Qué ocurre, Franchot?

—Salimos en un jeep a relevar a los de un puesto avanzado. Perra suerte, ahora que había hecho amistad con un bombón.

—¿No puedo yo formar parte del grupo?

—¡Hum! Pídelo. Para morir siempre le dejan a uno ser voluntario.

Héctor se presentó al comandante Brent, que estaba en su despacho, y le expuso su deseo de salir aquella misma noche en el grupo de Franchot.

—Será imposible. La ciudad va a quedar acordonada, prohibiéndose entrar y salir de ella por tiempo indefinido. La intendencia militar se encargará de los suministros. Además, Martín —sus ojos brillaron peligrosamente—, tengo una grave denuncia contra usted.

—¡Ah, ya ha estado aquí Villeneuve!

—Diga más bien el teniente Villeneuve.

—Bueno, pues el teniente. ¿Y qué se le ha ocurrido contarle?

Brent dio vuelta a la mesa y se acercó a él. Su rostro estaba intensamente rojo, y sus ojillos llameaban.

—Llevo muchos años en África, Martín, y jamás había visto un tipo como usted. No sabe lo que es la disciplina ni le importa el Ejército. Pero yo le enseñaré. ¡Yo le haré aprender cómo tratamos a los indeseables! ¡Queda arrestado bajo vigilancia!

Héctor se cuadró, fijos los ojos en un punto indeterminado de la pared frontera, y apretó los labios.

—¿Puedo retirarme?

—Sí. ¡Retírese por su propio pie antes de que le haga sacar a rastras! ¡Salga de aquí inmediatamente!

Héctor tenía tan solo la graduación de cabo y era muy poca cosa

para Brent, desde el punto de vista militar. Pero no le gustaba que le trataran así. No le gustaba lo que Villeneuve había hecho, después de disparar contra él por la espalda. Y se juró a sí mismo que todo aquello lo resolvería aunque le costase perder la piel.

Brent había tocado un timbre de su mesa. Inmediatamente aparecieron en el umbral dos ordenanzas, que, a una seña de su superior, escoltaron al arrestado.

—¿Qué diablos te ha ocurrido, Martín? —preguntó, al salir, uno de ellos.

—Una bagatela. Oye, ¿qué celda está ahora preparada?

—Creo que es la nueve.

Uno de los favores que entre los legionarios solían hacerse era el de “preparar” las celdas. Los que sucesivamente permanecían arrestados en una determinada de ellas, se dedicaban a aflojar pacientemente los barrotes, o a destornillar la cerradura, todo ello de modo que no se notase. Llegaba un momento en que de una celda era relativamente fácil escapar. El que había empezado el “trabajo” no lo aprovechaba nunca o casi nunca, pero sí alguno de los compañeros que le seguían. Y en esta ocasión Héctor iba a necesitarlo.

Le introdujeron en la celda nueve, y permaneció en ella durmiendo hasta poco antes del amanecer. Cuando el brillo de las estrellas comenzó a difuminarse, él, ya más descansado, palpó los barrotes, vio los puntos flojos y arrancó la reja entera. Minutos después saltaba a un foso exterior y de allí a la libertad.

No tenía tiempo que perder si quería hallarse fuera de Constantina antes de que advirtieran su fuga. A paso vivo emprendió el camino de los suburbios. Y una hora después ya estaba lejos de la ciudad, cuyos principales accesos iban siendo ocupados por fuerzas militares para que nadie, sin estar provisto de un salvoconducto especial, pudiera entrar ni salir de ella.

Hasta ahora todo iba saliendo bien, pero no dejaba de reconocer que había olvidado una cantidad enorme de detalles para el buen resultado de su empresa. En especial, no tenía caballo ni armas. De tropezarse con cualquier grupo rebelde, iba a pasarlo mal.

Un camión de víveres que iba escoltado se detuvo a sus señales y le llevó durante diez kilómetros. Casi en el punto donde encontrara a Daila, días antes, se apeó para seguir por entre las

dunas arenosas. Y llevaba ya dos horas caminando, cuando escuchó los primeros disparos.

Alguien había tenido un tropiezo.

Las detonaciones eran muy nutridas y se percibían más claramente cuanto más se avanzaba en dirección sur. Héctor distinguió los disparos de fusil de los de pistola y metralleta. Y calculó que por lo menos eran veinte los hombres que estaban empeñados en la lucha.

Caminando rápidamente, y ocultándose lo mejor posible porque no llevaba armas, fue avanzando entre las dunas. El fragor del combate tuvo un momento de máxima intensidad y luego decreció. Por fin, dio la sensación de que ya solo eran unos pocos hombres los que disparaban.

Desde un pequeño montículo, Héctor vio por fin el escenario de la refriega.

La granja en la que Anne encontró la muerte estaba al fondo, entre terrenos cultivados. Ante los ojos de Héctor, y en un plano más próximo, se extendían varias dunas arenosas que hacían recordar el desierto. Y en un hoyo entre esas dunas se había cobijado un pequeño grupo de legionarios, parapetándose tras el jeep en que habían llegado hasta allí. Todos menos uno debían ya estar muertos, porque solo un tirador respondía al fuego. Alrededor del hoyo, unos quince argelinos yacían en las posturas más diversas, cara al cielo o con el rostro hundido en la arena, muertos. Y quizá diez más se parapetaban tras los relieves del terreno y hostigaban sin cesar al único enemigo que tenían enfrente.

Aquello era, sin duda, lo único que quedaba del grupo de Franchot.

Si en este momento Héctor hubiera dispuesto de una metralleta habría podido acabar fácilmente con los tiradores argelinos, porque estos se encontraban desparramados bajo él y no le habían visto. Pero no la tenía. De modo que Héctor decidió jugárselo todo, respiró fuerte y echó a correr hacia el hoyo, a cuerpo descubierto, decidido a morir o a ayudar a aquel único valiente.

Capítulo VI

EN BUSCA DE UN CADÁVER

SOLO unos cien metros le separaban del hoyo, y además en terreno descendente, de modo que a Héctor le hubieran bastado once segundos para recorrerlos. Pero ahora pisaba arena, y en ella se hundían sus pies. Por lo menos iba a tardar veinte segundos en atravesar aquella especie de “zona del infierno”.

Los argelinos oyeron algo a su espalda y se volvieron. Su imprudente movimiento fue aprovechado por el que estaba en el hoyo para vaciar las cabezas de dos de ellos. Pero los otros enfilaron sus armas en dirección al aparecido. Este pasó entre dos de sus enemigos como una exhalación, corriendo en zigzag y haciendo con su cintura unas fintas que hubieran maravillado a un contorsionista. Dos balas de fusil levantaron arena a sus pies, y luego ladró una metralleta. Héctor dio un violentísimo giro a su dirección y la rociada de balas trazó sobre la arena una fatídica, pero inútil línea recta. Otro proyectil pasó entre sus piernas y, cuando la metralleta se ponía de nuevo en dirección de tiro, él dio un fantástico salto, y se introdujo en el hoyo, jadeando como un animal herido.



Corrió en zigzag, sorteando las balas
4 - MURAMOS

—¡Tú! ¡Tenías que ser tú!

Franchot se acarició los bigotes con una mano, mientras con la otra levantaba un poco su metralleta. A su alrededor, entre las ruedas del jeep o en los bordes del hoyo arenoso, los otros legionarios yacían sin vida.

—¿Una emboscada, Franchot?

—Sí, ¡maldita sea! ¡Y gracias que encontramos este hoyo, porque si no, todos estaríamos ya muertos!

—¿Es que quiere aún más carnicería, Franchot? ¡Solo usted queda con vida!

El sargento miró perplejo a su alrededor, como si solo ahora se diera cuenta de que todos sus soldados tenían la piel picoteada por el plomo.

—¡Esa manada de buitres!...

Una bala certera le hizo encogerse, lanzando un gemido. Su oreja derecha había saltado limpiamente, como segada por un bisturí.

—¡Cúbrase, Franchot!

La metralleta volvió a funcionar, y la arena comenzó a levantarse furiosamente en los alrededores del hoyo. Héctor se arrastró hasta el jeep, tomó el armamento de uno de los muertos y, tras cerciorarse con una ojeada de que el vehículo no había sufrido desperfectos importantes, saltó al asiento del conductor.

—¡Maldita sea! Pero, ¿qué haces, loco?...

Las balas ladraban como perros rabiosos en el aire. Héctor notó que el motor estaba funcionando, y que la marcha se hallaba en punto muerto. Puso primera y soltó el embrague casi de repente. El jeep salió disparado, sin que por fortuna se le calara el motor. Sin poner las manos en el volante, Héctor empuñó la metralleta y vomitó fuego y plomo sobre la hilera de argelinos. Estos se levantaron, dominados por la sorpresa, mientras trataban desesperadamente de concentrar sus fuegos sobre el vehículo.

La maniobra de Héctor Martín había sido tan inesperada y rápida que los atacados no supieron reaccionar a tiempo. El fuego de la metralleta barrió a la mayor parte de ellos sin que logran moverse de sus posiciones. Luego, el joven dio un brusco giro al volante y el jeep descendió dando saltos. Se tumbó sobre el asiento y disparó hacia atrás, hacia el último grupo de indígenas. Todos cayeron menos uno, que corrió desesperadamente hacia el hoyo donde se encontraba Franchot, empuñando una gumía. Héctor fue a acribillarle, pero el jeep volcó. Salió disparado hacia arriba, dio dos vueltas completas en el aire y cayó de bruces sobre la arena. El golpe le dejó como inconsciente durante unos segundos. Pero aún tuvo la suficiente serenidad para salir arrastrándose en dirección al hoyo, temiendo que el motor del jeep, que se había incendiado, explotara.

Dentro de la precaria posición tenía lugar en esos momentos una salvaje lucha. Franchot, herido en dos puntos, rodaba por el suelo tratando de esquivar las salvajes acometidas del energúmeno de la guma. Este pudo cazarlo bien en una de las vueltas, le clavó la hoja en el cuello y fue girando hasta abrir en él una espantosa brecha. Luego saltó hacia atrás, clavó el cuchillo en la arena y tomó entre sus dedos la pistola de uno de los muertos.

Al girarse vio a Héctor.

Este tenía la metralleta montada entre las manos, pero no hizo fuego. Se limitó a sonreír. Y su sonrisa fue en realidad una mueca seca, despiadada, que hizo temblar al argelino.

—Tú primero, amigo —invitó.

El rebelde, lanzando un aullido, disparó la pistola. Héctor, adivinando su movimiento, se había arrojado al suelo, y la bala le rozó tan solo la cabeza.

Ya había dado una oportunidad a su enemigo. Era suficiente.

Su índice derecho apretó el gatillo, y la metralleta empezó a ladrar. El indígena recibió en el tórax todo el plomo que aún quedaba en el cargador, mientras trataba de levantar nuevamente la pistola, sin conseguirlo. El rugido de la “Thompson” se mezcló al de su garganta. Héctor lo vio caer cuando ya la metralleta había agotado las balas.

Franchot aún se movía. Corrió hacia él y trató de taponar la herida, pero esta era tan ancha que cualquier intento resultaba ridículo. Levantó la cabeza al moribundo, mientras recibía en sus mismos brazos el chorro de sangre.

—He tenido mala suerte... —susurró Franchot—. Ahora que había conseguido una cita... con un bombón...

Entrecerró los ojos mientras movía un poco los labios, dedicando sus últimas palabras a alguna oración, y luego, sus manos quedaron quietas, engarfiadas aún sobre la camisa de Martín. Este las apartó suavemente.

Tras cerrar los ojos al sargento, miró el panorama de espantosa desolación que se extendía en derredor.

Dentro del hoyo, hombres muertos en las más variadas posturas, reflejando el dolor en sus actitudes y en las muecas de sus rostros. Fuera, los argelinos tendidos en impresionante círculo de figuras

inmóviles. Era como si la muerte hubiese formado con sus cuerpos un collar alrededor de la antigua posición francesa.

Más allá, el motor del jeep había terminado por explotar. La gasolina ardiente se había extendido sobre la arena.

Héctor reunió a sus camaradas muertos en una sola hilera, colocándolos por orden de grado y antigüedad, pues los conocía a todos. Luego clavó en la arena su banderín, y saludó.

Hubo algo de infinitamente amargo en aquella despedida. Porque casi ninguno de los hombres que allí descansaban para siempre a la sombra de la bandera de Francia, había nacido en territorio francés. Y casi todos, en sus últimos momentos, debieron recordar una tierra y unos seres a los que ya nunca más verían.

Héctor hizo luego lo mismo con los argelinos, mirando al propio tiempo si alguno necesitaba ayuda. Pero todos estaban bien muertos.

Tras escoger una metralleta con su cargador completo, una pistola y dos granadas de mano, reemprendió su camino hacia la granja.

En la puerta de esta halló algo que le sorprendió: Un jeep americano y con matrícula militar francesa, en cuyos asientos había dos argelinos bien vestidos, materialmente cosidos a balazos.

“No lo comprendo —musitó para sí—. ¿Qué hacían aquí esos tipos?”

Penetró en la castigada granja. Al parecer, muy pocas cosas habían variado desde que él entró allí por vez primera. Por todas partes se veían los impactos de las balas, y la sensación de caos y desolación era la misma. Los cadáveres habían sido retirados, pero algunas ratas corrían furtivamente por las habitaciones vacías.

Sin pérdida de tiempo, Héctor se dedicó a buscar el cadáver de Anne Garzen.

En el que fue dormitorio de la muchacha no había nada. Incluso los muebles habían sido retirados. Tampoco encontró lo que buscaba en las restantes habitaciones de la casa. Y por fin, cuando ya se disponía a salir creyendo que el cadáver de la desdichada Anne habría sido depositado en algún lugar del exterior, se le ocurrió mirar en un cuarto que había bajo la escalera.

El cadáver estaba allí.

Un olor espeso y asfixiante le envolvió ya al abrir la puerta. Dentro del pequeño rectángulo en que consistía la habitación, había objetos de toda clase, municiones, algunas granadas, y el cuerpo que andaba buscando.

Este se hallaba tendido en el suelo, cuidadosamente envuelto en arpilleras y atado con cuerda resistente. Héctor trató de no respirar, lo sujetó por los pies y tiró de él, sacándolo del cuarto. Luego cerró la puerta, y el hedor fue disipándose.

La rigidez cadavérica ya había desaparecido, según creyó notar Héctor. Para asegurarse de que aquel era el cuerpo que buscaba, se procuró un cuchillo y rasgó ligeramente la tela. Vio que había rasgado también el vestido de la muerta, descubriendo una pequeña zona de la piel de una espalda femenina. Aquella piel tenía aún un color enteramente natural.

Tendió nuevamente el cadáver en el suelo de la habitación y fue en busca de un caballo, por si el jeep detenido junto a la puerta no estaba en condiciones de funcionar. Se detuvo primero ante el vehículo, para examinarlo, y vio que una ráfaga, entera de metralleta había deshecho el motor. Luego dio una vuelta a la granja, tratando de encontrar algún caballo.

Vio que dos de estos, muy delgados y viejos, pastaban tranquilamente en los terrenos contiguos. Resultaban tan inservibles que ni los argelinos se los habían llevado. Pero para él servirían, porque no tenía nada más.

Se acercó cautelosamente a uno de ellos, procurando no asustarle. Y cuando el jamelgo emprendía un breve trote, saltó sobre él y lo montó de un salto. Fuera de dos o tres coces al aire, el animal no opuso ninguna resistencia.

Poco a poco, acariciándole el cuello, Héctor lo hizo caminar hacia el edificio principal de la granja. El otro, por instinto, siguió a su compañero.

Héctor los ató a la puerta de la granja, entró en ella, cargó el cadáver sobre sus hombros y lo depositó suavemente sobre el lomo de uno de los caballos. Al aire libre, aquel cuerpo no despedía más que un ligerísimo hedor. Con cuidado, como si se tratase de una persona viva, Héctor lo ató a la grupa del caballo, montó sobre el otro y emprendió poco a poco el regreso a Constantina.

Hacia el mediodía, y como no había probado bocado, el hambre

comenzó a aguijonearle. El sol inclemente penetró en su cráneo y le hizo sufrir alucinaciones y vértigos. Iba con la cabeza descubierta, y se la tapó con ambas manos. Pero fue inútil. Sus ojos empezaron a verlo todo inconcreto, difuso, como irreal.

Se volvió para mirar el cadáver que iba en el otro caballo. Le pareció que se había movido, como si hubiese buscado una posición de mayor comodidad.

Héctor se frotó los ojos, sonrió, se puso serio de repente, lanzó una maldición y volvió la mirada hacia otro sitio. Todo esto en menos de diez segundos.

“Voy a acabar volviéndome loco —se dijo a sí mismo—. ¡Voy a creer que ese muerto vive!”

Siguió avanzando por entre las dunas, pero su caballo, que era el más viejo, flaqueaba. Desmontó y le dio unas palmadas cariñosas en las ancas.

—Lárgate, hijo mío. Que tengas más suerte que yo.

Montó en el otro caballo, junto al cadáver, y reemprendió su camino. Ese segundo animal parecía más vigoroso y resistente a la fatiga. El que había quedado en libertad siguió a su compañero durante un par de kilómetros, y luego se quedó paciendo en una estrecha zona verde.

El sol seguía castigando el cerebro del legionario, quien llegó a creer seriamente que no resistiría aquello.

Otra vez volvió a mirar el cadáver. Y otra vez tuvo la sensación de que se había movido.

—¡Maldita sea! —gruñó—. ¡Si no me hicieras tanta falta te dejaría en el camino!

Trató de pensar en algo distinto. En su vida anterior, en Daila, la bailarina, en el próximo fin de su compromiso con la Legión... Pero a pesar de todo, no consiguió alejar la sensación de que el cadáver que llevaba a su espalda se movía. Nervioso, sintiendo ya que su moral empezaba a fallar, volvió la cabeza por completo para examinar el “paquete”.

Y vio aquello.

No era el sol. No era la sed. No era el hambre.

Aquello estaba ocurriendo realmente.

El cadáver se movía.

* * *

Héctor Martín había vivido muchas cosas raras, pero ninguna como aquella. Saltó del caballo igual que si hubiese visto una serpiente a su espalda, se puso a mirar el “paquete” y se frotó los ojos.

Al abrirlos, el cadáver seguía moviéndose. E incluso un poco más deprisa que antes.

De un seco tirón, lo arrojó al suelo. Tiró de las cuerdas y deshizo nerviosamente los nudos. Ahora, los movimientos del cuerpo encerrado allí dentro eran ya espasmódicos. Rasgó las telas de saco y descubrió lo que había allí dentro.

Desde luego, era una mujer. Y viva.

Era, además, una mujer estupenda.

No tenía el menor parecido con Anne Garzen.

Y por si todas estas sorpresas fueran pocas, aquella mujer tendió los brazos hacia él y dijo nada menos que esto:

—¡Oh, el Destino vuelve a unirnos, querido!

* * *

Héctor cerró los ojos, se los frotó otra vez, ahora con las dos manos, y barbotó:

—¡Nooooo!

Pero ya la mujer había surgido de entre las burdas telas de saco como una hermosa sirena que brota de las aguas después de la tempestad. Y ya se aferraba a él desesperadamente, como el náufrago que ha encontrado una tabla salvadora.

—¡Pero si tú estabas en Detroit la última vez que nos vimos! —masculló Héctor con gran dificultad—. ¿Qué diablos has venido a hacer aquí, Ruth? ¿Qué clase de locura es la que estamos viviendo?

No lograba salir de su asombro. Si a consecuencia de su fuga de la prisión le hubiesen ascendido a general, tal vez se habría sorprendido menos. Ruth Meredith también le miraba con ojos extraviados, pero evidentemente se había adaptado antes que él a la singular situación.

—Tratemos de proceder con orden, Héctor —dijo ella. Obrando con un cierto instinto femenino de organización—, y dime ante

todo qué es lo que haces tú aquí.

—¿Yo? Pues he escalado, como ves, las más altas cumbres de la fama. Soy admirado y respetado por dondequiera que voy. Se me agasaja, se me admira y en todas partes se desea y se aplaude mi presencia. Bueno, en menos palabras, nena, soy un simple cabo de la Legión Extranjera y me he fugado esta mañana del calabozo. El porvenir se me presenta brillantísimo. Y ahora háblame de ti.

Ella vaciló mi poco. Se notaba que le era difícil empezar.

—Ante todo, Héctor, he aquí mi pasaporte. He entrado legalmente en el país.

Extrajo de entre sus senos un pasaporte norteamericano y lo entregó al legionario. Este lo abrió y lo leyó, no porque tuviera necesidad de ello, sino porque Ruth parecía pedírselo así. Vio entonces que el documento había sido extendido seis meses antes, y que estaba vigente aún.

—Yo no soy un gendarme. Todo esto me parece muy bien. ¿Y qué?

—Entre las páginas finales del pasaporte encontrarás la parte que siempre se queda el viajero de un pasaje de avión. Es mío. Lo compré con mis últimos dólares.

Héctor enarcó las cejas, tratando de aparentar una suficiencia que estaba muy lejos de sentir.

—Sigue pareciéndome bien. Pero... ¿a qué has venido?

—¡Héctor, tú me abandonaste!

El acento de la muchacha había sido un poco desgarrado. Y él notó que estaba muy próximo a echarse a temblar.

—Oye, Ruth: No habrás venido a buscarme, ¿verdad?

Ella denegó tercamente con la cabeza, mientras en sus ojos nacían unas imprecisas lágrimas.

—¡No, Héctor, no he venido a buscar a nadie! ¡He venido tan solo a buscarme a mí misma! ¡Yo soy lo único que me queda!, ¿me entiendes? ¡Al buscar a alguien en el mundo que pueda ayudarme, solo encuentro a Ruth Meredith, y ella es la única persona a la que me atrevo a pedir amistad!

—Pues para encontrar a Ruth Meredith has ido muy lejos, Ruth Meredith.

La muchacha encajó la ironía con un brillo febril en los ojos.

—Héctor, puedes comprender que lo que ocurre es muy importante para mí cuando no he vacilado en hacerme pasar por una muerta.

—Esa es una de las cosas que no entiendo. Pero, como tú misma has dicho, tratemos de hablar por orden. Tú has venido desde los Estados Unidos con un pasaporte en regla y gastando en el viaje tus últimos dólares. ¿Por qué?

—Porque cerca de aquí está Jackie Burns, el único hombre que me dará trabajo.

Héctor notó que su caballo estaba quieto. Hizo sentar a la muchacha en la pequeña zona de sombra que el animal proyectaba y luego se sentó él mismo

—Sí. Burns está en la ciudad. Quisiera salir de ella, pero no tiene dinero para ir a ninguna otra parte. ¿Cómo es posible que tú sigas empeñada en trabajar en el circo? ¿Por qué no has encontrado trabajo en tu país?

Ella bajó los ojos.

—Héctor, durante largo tiempo has estado sin saber de mí. Sin duda ignoras que pocos meses después de tu marcha, yo sufrí un grave accidente.

—Lo... ignoraba —tartamudeó él, sin poder disimular su pesadumbre—. Nadie me lo dijo.

—Sufrí un accidente en el trapecio y estuve a punto de perder la vida —concretó Ruth—. A consecuencia de ello permanecí casi tres años alejada de las pistas. Pero luego volví a entrenarme con redoblado entusiasmo, y quise triunfar nuevamente. ¡Lo necesitaba porque aquello era mi vida! Tú lo comprenderás, Héctor, porque has pasado por esa experiencia, porque sabes lo que atraen el peligro, la emoción, la constante aventura del circo. No soy vieja para empezar otra vez —añadió tristemente—, y aún puedo abrirme camino. Pero todos me han negado su ayuda. Todos han olvidado a Ruth Meredith, y los que la recuerdan han dicho que es ya una mujer acabada. Hace muy poco sufrí una humillación tan grave que decidí hundirme de una vez o triunfar. Vine en busca de Jackie Burns, sabiendo que era mi última esperanza. No me importó saber que estaba en esta tierra condenada. De hallarse en Groenlandia, o al otro lado del telón de acero, hubiese sido lo mismo. Vendí mis vestidos, mi reloj, mis escasas joyas, saqué todo

mi dinero y adquiriré un pasaje en el primer avión para Bona. Pero ahora viene la segunda parte.

Héctor había escuchado en silencio a la mujer. No solo la comprendía, sino que cada una de sus palabras era para él como una punzante y ya olvidada emoción. Era como si de repente todo hubiese vuelto a ser lo que fue en otro tiempo más hermoso, un tiempo dulcificado por la presencia y por la voz de Ruth Meredith.

—Explícame esa segunda parte.

—Llegaba a Bona, deseaba presentarme cuanto antes en Constantina y ver a Burns, pues no me quedaba dinero ni para pagarme un día de hospedaje en un hotel. Pero me dijeron que Constantina iba a ser acordonada militarmente, a fin de limpiarla de rebeldes. Durante un tiempo indefinido nadie podría entrar ni salir de ella sin un pasaporte especial que a mí me fue negado.

—Eso es cierto —afirmó Héctor—. Continúa.

—Traté de llegar a Constantina como fuera. Y entonces intervinieron los dos...

Se interrumpió un momento. Él dijo:

—Posiblemente, te refieres a los dos tipos que estaban muertos en el jeep, junto a la granja.

—Sí.

—Cuéntame lo que ocurrió con ellos.

—Quisieron aprovecharse de la situación —manifestó la muchacha, suspirando con cansancio—. Me dijeron que ellos podían llevarme hasta Constantina en un jeep de su propiedad, y que contaban con la suficiente influencia para que me fuese permitida la entrada en cualquier sitio. Estaba tan aturdida que ni siquiera me fijé en que el jeep era un vehículo militar francés, sin duda robado. Me llevaron hasta esa granja, que sabían abandonada, sin que yo protestase porque desconocía el camino. Una vez en el interior ignoro lo que hubiese ocurrido; quizá intentaban raptarme y emplearme como rehén, o satisfacer en mí cualquier deseo. Lo cierto es que no tuvieron tiempo para una cosa mi otra.

—¿Quién te salvó? —preguntó Héctor.

—Una patrulla francesa se aproximaba a la casa. La mandaba un sargento de enormes bigotes, que parecía arrancado de una estampa militar de la época de Luis XV.

—Franchot... —musitó, tristemente, el joven.

Meredith no se dio cuenta de que aquel nombre, pronunciado con tal tono de voz, equivalía a una fatal despedida.

—Los dos argelinos trataron de sacar sus armas —continuó— sin salir aún del jeep, pero fueron acribillados. Nunca había visto una cosa tan salvaje y violenta como aquella. Entonces, el sargento de los bigotes se acercó a mí, me preguntó qué ocurría y de dónde diablos había salido. Yo se lo conté todo.

—Muy bien. Pero eso no justifica el que luego te hicieras pasar por una muerta.

—Calma, Héctor. Todo tiene su explicación. Cuando hablaba con ese sargento llamado Franchot, sus hombres, que se hallaban de nuevo patrullando por las cercanías, fueron atacados por un numeroso grupo de argelinos. Mejor dicho, al principio no supimos si era numeroso o no, porque tiraban desde mucha distancia, pero ese Franchot pensó que solo disponía de cinco hombres y que las cosas iban a ponerse feas. De modo que me dijo más o menos: “Muchacha, si nosotros morimos y a ti te cazan esos hombres, vas a pasarlo muy mal. De modo que más vale tomar medidas radicales. Me condujo al interior de la casa, me hizo tender en el suelo, y me envolvió en arpilleras que hedían a cadáver, y que sin duda habían servido antes para envolver algún cuerpo. Me recomendó que no me asustara porque por el momento no había otra solución... Luego me ató y me introdujo en un cuarto pequeño y que no pude ver dónde estaba situado, pero que sin duda había contenido también cadáveres antes porque hedía horriblemente. Al quedar sola allí temí morir de verdad. El sargento me había dicho que no me moviera y que, sucediese lo que sucediese, fingiera estar muerta. Me liberaría apenas hubiesen vencido a los argelinos, y si eran ellos quienes morían, no debía temer tampoco mientras estuviese bien quieta. Horas después pasaría sin duda por allí cualquier otra patrulla militar. Debía pedir socorro en cuanto oyese hablar francés. Pero aun así estuve temblando mientras oí los disparos, y pasando los minutos más angustiosos de mi vida: creía asfixiarme. Cuando tú abriste la puerta de aquel cuartucho, creí que era algún argelino, y me mordí los labios para no gritar. Cuando desgarraste el saco y sentí en la espalda el frío del cuchillo, creí que iba a desmayarme, pero resistí como cuando cargaste conmigo para

trasladarme al caballo. Hasta que el sol, durante el camino, produjo bajo los sacos un calor insoportable. Y esto, mezclado al hedor, me hizo moverme. No podía más. Me hubiese movido aun sabiendo que iba a caer en las garras de una legión de fieras. E imagínate mi sorpresa cuando... cuando apareciste tú.

Héctor se mordió los labios nerviosamente.

—Creo que has tenido verdadera mala suerte, y que entre una legión de fieras y yo, no hay mucha diferencia, Ruth. Me he visto obligado a matar a bastantes rebeldes, y hay grupos de estos que no sueñan más que en arrancarme la piel. Pero al mismo tiempo, me he escapado del calabozo, he amenazado y golpeado a un teniente de mi compañía, y este espera matarme. De modo, que por ningún lado tengo solución, Ruth. Lo mejor que puedo hacer es quedarme sentado aquí y esperar a que uno u otro me cace.

La muchacha pareció no prestar demasiada atención a estas palabras. Para ella solo existía el hecho inesperado y sorprendente de la presencia de Héctor en aquel lugar. Y tal acontecimiento era tan importante que trastornaba sus sentidos, sus pensamientos y su vida entera. He aquí que, de repente, un capítulo de su existencia que parecía terminado volvía a abrirse para continuar allí donde quedó muerto cuatro años atrás. Por un milagro del Destino, el hombre a quien creyó perdido para siempre, era ahora el único en quien podía confiar, y el único que en modo alguno podía abandonarla.

Esto era lo que pensaba Ruth, bien ajena al peligro que en realidad les acechaba.

—Héctor... —susurró.

Él la miró a los ojos. Y entonces, ella se dio cuenta de que en los del hombre había una expresión atormentada, profunda y, desde luego, peligrosa, como la expresión que deben tener los ojos de algunas fieras cuando el hambre las obliga a cazar. Involuntariamente se estremeció, pero no fue porque aquellos ojos le trajesen ideas relacionadas con el peligro. Fue porque Héctor Martín había sido el único hombre de su vida, y porque antes jamás la había mirado así.

—¿Te das cuenta de que estamos solos entre las dunas de arena, expuestos a cualquier cosa? —preguntó él, tratando de terminar con aquella situación que por instantes se iba haciendo violenta—.

Creo, Ruth, que debemos pensar en cosas más importantes que nuestros recuerdos.

—A los veintidós años, mis recuerdos son lo único que me queda —contestó, secamente, ella—. Parece mentira, pero es así. ¡Y esos recuerdos se vuelven de color negro a partir del momento en que tú te alejaste de mi vida, Héctor!

—¿Qué es eso? ¿Una acusación?

Ruth se acercó un poco más a él, mirándole fijamente.

—No, Héctor. Eso simplemente quiere decir que tú has sido el único hombre de mi vida.

—Mira, Ruth —trataba desesperadamente de evadirse de aquella situación, de no continuar por aquel camino—, cuando nosotros nos conocimos tú tenías tan solo dieciocho años. Eras una chiquilla llena de ambiciones, de proyectos, y a la que sonreía el porvenir. No tenías experiencia ni un verdadero sentido de la vida. Casarme contigo hubiese sido una crueldad o una equivocación, porque no conocías a los hombres lo bastante para elegir entre ellos. Esa fue una de las razones por las que te dejé. La otra era mi deseo de no ligarme a nadie, por el momento. Yo jamás podré ser un buen marido ni un respetable padre. Y tú eres demasiado buena chica para mí, Ruth.

—Creo que te equivocas, Héctor. Tú podrías ser un excelente marido y un...

Se interrumpió de repente. Había sonado un disparo, y la bala se empotró al lado de su cuerpo, lanzando violentamente a su rostro partículas de arena.

Capítulo VII

COMBATE A MUERTE

HASTA un minuto después, Ruth no se dio cuenta de que si la bala no la había alcanzado, no fue por casualidad, ni porque el tirador tuviese mala puntería.

Héctor Martín, cuyo finísimo oído sabía captar la dirección y aún el calibre de un proyectil con solo percibir su silbido, había hecho un rápido movimiento al oír el disparo. Apartó a Ruth unos centímetros, y esa fue la causa de que la bala no la atravesase.

—¡Cuidado!

Inmediatamente se oyeron aullidos, y por encima de la duna más próxima aparecieron las cabezas de algunos argelinos. Con una mueca de desesperación impresa en sus facciones, Héctor golpeó a la muchacha y la hizo caer de bruces, sollozando. Él se agazapó sobre ella, y la cubrió lo mejor posible. Entonces comenzó a funcionar su metralleta.

Los que atacaban eran unos doce hombres, al frente de los cuales iba un individuo moreno, alto, de brillantes ojos negros. Todos llevaban fusiles y pistolas de calibre pesado, con las que apuntaron al legionario. Pero una rociada de plomo les recibió cuando aún no habían conseguido apretar los gatillos. Varios de ellos cayeron dando extrañas volteretas desde lo alto de la duna. Los otros consiguieron disparar, y varias balas mordieron la arena junto al cuerpo de Héctor. El caballo, asustado, emprendió un furioso galope en dirección a la granja.

—¡Vete arrastrando hacia atrás, Ruth!

Ella estaba tan asustada que apenas podía moverse, pero obedeció. Mientras tanto, Héctor disparaba frenéticamente su metralleta, obligando a los argelinos a lanzarse al suelo y a adoptar

posturas que les impedían precisar los disparos. Dio entonces un rápido salto hacia atrás, cayó por la otra vertiente de la duna y perdió a sus enemigos de vista.

—¡Pronto, Ruth! ¡Ahora se acercarán! ¡Aprovecha para huir bien lejos mientras yo trato de contenerlos!

La muchacha, de pie ante él, le miró. Y entonces fue Héctor el que se sorprendió de la expresión de aquellos ojos. También había en ellos un brillo impresionante, que denotaba intrepidez, desdén hacia el peligro. También miraban como si estuviesen acostumbrados a ver la muerte cada día, no dándole al fin importancia.

—¡No huiré! ¡Lo que tenga que ocurrirme ocurrirá aunque yo ahora me ponga a correr cobardemente, Héctor! ¡Y ojalá pueda demostrarte de una vez que conozco a los hombres y ya no soy una niña!

Él apretó los puños y la miró como si estuviese a punto de golpearla.

—Bueno, lo que ahora yo debería hacer es soltar alguna frase bonita, ¿no? “Muramos juntos, querida”, o algo por el estilo. Darme cuenta de que te he amado siempre, de que lo eres todo para mí y abrazarte delicadamente hasta que esos beduinos me empiecen a arrancar la piel. ¡Delicioso! ¡Buen final para un folletín! ¡Pero no quiero que mi vida tenga un fin sentimental, Ruth! ¿Me has entendido? ¡He luchado desde el día en que nací y moriré luchando! No necesito ninguna mujer a mi lado. ¡Vete!

Sus últimas palabras parecieron el rugido de una fiera. Ruth le miró con ojos desesperanzados, llorosos, donde se leía una inmensa pesadumbre.

—Siempre dijiste que tú no tenías sentimientos, Héctor. Que no te importaba la vida ni la muerte de ninguna mujer. Lamento que sigas siendo así, pero resulta que a mí me ocurre todo lo contrario. ¡Y quiero estar junto a ti en tus últimos momentos, aun sabiendo que estos también serás los míos!

—¡Loca! ¡Cállate!

Le dio un manotazo y la arrojó al suelo para que no ofreciera tanto blanco. Y luego, como si escupiera las palabras, advirtió:

—Puede que te mate con mi última bala, Ruth. Puede que sea preferible a verte caer en manos de esas fieras.

Levantó la metralleta y subió de nuevo hacia la cresta de la loma. Casi tropezó con el argelino que trepaba por el otro lado.

Se oyó un doble rugido mientras crepitaban las armas. El africano no actuó con la rapidez necesaria. Cuando pudo apuntar al legionario había recibido ya en el vientre todo el plomo contenido en el cargador de la metralleta.

Héctor se arrojó al suelo mientras varios proyectiles silbaban sobre él. Y cuando caía lanzó el arma con las dos manos hacia otro de sus enemigos, haciéndolo rodar loma abajo. Extrajo su pistola con rapidez centelleante y disparó otra vez.

Un argelino que le apuntaba ya con su fusil, se dobló lentamente, sin bajar el cañón del arma. Quiso disparar y no pudo. La bala, que estaba junto a su corazón, se hincó en él al hacer el último esfuerzo.

—¡Debemos rodearle, Sener! —gritó uno de los atacantes, desde el suelo.

“Sener”. El mismo nombre que oyó en la granja. Héctor se mordió los labios, arrancó de su cinto una bomba de mano y se dijo que el mundo era demasiado pequeño para los dos. O moriría él, o arrancaría la piel a Sener, en cuanto lo tuviese al alcance de sus manos.

Retrocedió un poco, deslizándose por la duna, para que no pudiera alcanzarle ninguna bala. Soltó el seguro de la bomba y la lanzó.

Una tempestad de gritos y maldiciones se desató al producirse la explosión. Sin dar respiro a sus enemigos, Héctor lanzó otra bomba y luego subió de un fantástico salto a la cresta de la loma. Tenía siete proyectiles en la pistola y los aprovechó bien. Cinco hombres quedaron tendidos para siempre sobre la arena cuando trataban de ponerse a cubierto de nuevas bombas. Quedaron tres con vida, uno de ellos Sener.

—¡Subid aquí, valientes!

La metralleta de Sener empezó entonces a ladrar rabiosamente, y la arena saltó como si hubiese hecho erupción una cadena de volcanes. Héctor Martín, que había vuelto a retroceder, recargó la pistola con dos secos y frenéticos movimientos. Sabía que mientras Sener disparaba, uno de sus compinches subiría hasta la cresta de la loma para balearle impunemente. Y, en efecto, ese enemigo llegó

mucho antes de lo que esperaba.

—¡Cuidado!

Fue la voz de Ruth lo que le salvó la vida. Sin tiempo para apuntar, Héctor dio dos rapidísimas vueltas sobre sí mismo, imitando los ágiles movimientos de sus actuaciones en los circos, junto a Ruth. Dos balas mordieron la arena al lado de su cuerpo, pero solo una le rozó muy ligeramente. El argelino lanzó una maldición y apuntó mejor.

Mas, en ese momento, recibió en plena cara el puñado de arena lanzado por la muchacha.

Sorprendido, se tambaleó, mientras se llevaba ambas manos a los ojos. Héctor levantó la pistola y le introdujo un proyectil por debajo de la barbilla, ahorrándole toda clase de sufrimientos.

—¡Gracias, Ruth!

—No hay de qué darlas —replicó, despreciativamente ella—. ¡Al fin y al cabo, las mujeres no servimos para nada!...

Héctor iba a responderle, pero le detuvo la metralleta de Sener, que seguía ladrando rabiosamente.

Por el sonido pudo calcular dónde se encontraba su enemigo. Arrancó el seguro de la única bomba de mano que le quedaba y la lanzó, trazando con ella en el aire una perfecta parábola.

La explosión arrancó gemidos de dolor a alguien. Y Héctor pensó que ya había acabado con Sener. Pero se equivocaba.

Sener había confiado la metralleta a uno de sus seguidores mientras, con una pistola en una mano y un puñal en la otra, ascendía por otro lado de la loma en busca del legionario.

Casi le sorprendió. Fue otra vez Ruth la que lanzó un gemido.

—¡Héctor!...

Sener y el español dispararon casi a la vez, pero ninguno de los dos hizo blanco. Estaban demasiado cerca para actuar con serenidad. Una bala se perdió en el aire, y la otra se empotró en la arena. Héctor se colocó entonces de espaldas a tierra y apretó de nuevo el gatillo, justo en el tiempo que Sener tardó en parpadear. Su segundo disparo no hizo tampoco un blanco definitivo, pero fue más eficaz. La bala que iba dirigida al corazón de Sener, le arañó la mano izquierda, con la que empuñaba la pistola, obligándole a soltarla.

Sener se arrojó al suelo, aullando como un loco, mientras Héctor se ponía en pie de un agilísimo salto. El puñal del argelino se clavó dos veces en la arena, donde segundos antes se hallaba el cuerpo del legionario.

Héctor extrajo también su cuchillo.

Un espantoso silencio se había hecho de repente en torno a los dos hombres. Los restantes argelinos debían de estar muertos o malheridos, porque no se movían. Y ahora, los dos enemigos se contemplaban frente a frente, con expresiones bien distintas en sus ojos. Los de Sener despedían llamaradas de furor; los de Héctor reflejaban un hondo y absoluto desprecio.

—Aquella muchacha se llamaba Anne Garzen... —silbó el legionario.

Hubo un estremecimiento en las espaldas del argelino.

—¿Qué importa eso?

—Siempre conviene a un hombre saber por qué causa muere. Y la causa de tu muerte se llama Anne Garzen. Pero por si hubiera en tu vida otras muchachas como ella, procuraré hacerte sufrir, adorable amigo...

Temblaban los labios del argelino, pero no de miedo, sino de rabia. Sus poderosos músculos se marcaban bajo la camisa, y su rostro brutal, donde había ahora una mueca de ansiedad, transpiraba sudor.

—Los africanos conocemos también muchos modos de hacer morir. Y un cuchillo tiene tantas... tantas posibilidades...

Se lanzó al asalto, con una mueca furiosa, mientras hablaba. Su puñalada fue directa al vientre, pero Héctor la esquivó golpeando con el antebrazo la mano armada de su enemigo y doblándose un poco hacia atrás. Al propio tiempo lanzó él una cuchillada de costado, pero la cintura de serpiente de Setter pudo esquivarla fácilmente.

Los dos se miraron de nuevo a los ojos. Ruth contemplaba como hipnotizada la salvaje escena.

—¡A tu salud, Sener!

Héctor atacó ahora. Fingió ir a clavar el puñal en el vientre de su antagonista, y lo levantó de improviso, buscando el corazón. Sener le propinó un puntapié y le hizo rodar por el suelo.

—¡Sálvate si puedes, maldito! —barbotó el bandido.

Se arrojó sobre él llevando el cuchillo por delante. Héctor detuvo su mano armada cuando la hoja ya estaba a un centímetro de su cuello, y a su vez lanzó un golpe. Sener lo paró con la mano herida. Forcejearon rabiosamente los dos.

Ruth se acercó poco a poco, llevando un puñado de arena. —

—¡Quieta, Ruth! Las mujeres... no servís para nada.

A pesar de la situación, y a pesar de saber que allí se ventilaba su Destino, la muchacha se sintió ofendida. Lanzó la arena violentamente al suelo y chilló:

—¡Tendré que demostrarte que estás equivocado una vez más, salvaje!

Corrió hacia la cresta de la loma mientras los dos hombres forcejaban. Su intención era bien clara: apoderarse de las armas de alguno de los muertos y decidir el combate a favor de Héctor.

Pero apenas había asomado la cabeza por la otra vertiente, la detuvo el silbido de una bala.

Solo quedaba un argelino con vida, aunque ya iba desangrándose poco a poco. Este vio a Ruth y disparó contra ella. Su debilidad le impidió hacer blanco a la primera vez. Cuando quiso afinar mejor la puntería, ya la muchacha se había arrojado al suelo y rodaba sobre la arena.

—Héctor, allí hay...

—Naturalmente. ¿O crees que esto ha sido un reparto de confites?

Logró quedar sobre Sener y, convencido de que en cuerpo a cuerpo no lograría atravesar nunca, a su enemigo, dio un salto hacia atrás. Sener se levantó también con una rapidez increíble.

—Anne Garzen... —sonrió el español.

Hizo un quiebro con su cuchillo. La hoja de metal relució al sol mientras hendía el aire como la lengua de un reptil. Sener fue a atacar y sintió de repente un extraño frío. El cuchillo penetró en su cuerpo, y comprendió entonces que Héctor, a pesar de todo, no quería hacerle sufrir. El acero desgarró de un solo golpe sus entrañas, y apenas diez segundos después, Sener, el asesino, rodaba sobre la arena ardiente mientras su sangre iba dejando un trágico rastro en la vertiente de la duna.

Capítulo VIII

TRAS LAS HUELLAS DEL MISTERIO

HÉCTOR lanzó el puñal y lo clavó limpiamente en la arena.

—Asunto concluido —murmuró—. Ahora me siento mucho más tranquilo.

Pero cuando se volvía hacia la muchacha, dijo:

—A pesar de todo, no me gusta esto...

Vio que Ruth estaba reclinada sobre la arena. Sus hermosas formas destacaban limpias, esbeltas y puras bajo el ardiente sol. Entre tanta muerte eran como la demostración de que aún existía la vida, y de que esta seguía siendo hermosa. Héctor cerró los ojos y no quiso mirarla, porque hubiese sentido tentaciones de acariciar su rostro. Y sus manos estaban ahora demasiado sucias de sangre para pensar en caricias.

—Tampoco me gusta a mí, Héctor. ¡Y no puedo creer que después de cuatro años hayamos tenido que encontrarnos precisamente en esta maldita tierra!

—Ruth... —musitó él.

—¿Qué ocurre?

—Tendré que idear algún medio para que entres en la ciudad. Una vez allí te indicaré dónde está el circo de Burns. Pero debes prometerme que no nos veremos más. Nuestras aventuras terminan ahora.

La muchacha se puso en pie con cierta violencia.

—Me maravilla que un loco como tú tenga tanta prudencia, Héctor. Si crees que a tu lado voy a correr más peligros que en otra parte, puedes estar tranquilo. He visto lo suficiente para saber que, de todas maneras, me expongo a dejar la piel en Constantina. De modo que prefiero hacerlo en buena compañía.

Otra vez el rostro del hombre sufrió una crispación.

—¡Estoy lo bastante loco para no necesitar otros locos a mi lado, Ruth! ¡Me rodean tantos peligros que en cualquier instante puedo encontrarme sin cabeza! Y sobre todo no quiero mujeres a mi lado, ¿me entiendes?

—Te entiendo demasiado bien, salvaje. Una frase como “Muramos juntos, querida”, jamás saldrá de tus labios. Preferirías morir junto a un buen caballo que junto a una mujer. ¡Está bien, Héctor! ¡Quédate con tu maldita soledad y sigue luchando hasta que te dejen sin sangre! ¡Nunca más se me ocurrirá decir que me gusta tu compañía!

Echó a andar sola, caminando firmemente sobre la arena. Héctor la contempló sonriendo durante unos instantes, y luego gritó:

—¡Eh, Ruth! ¿Sabes hacia dónde vas si sigues ese camino?

—¿Hacia dónde? —gritó ella, volviéndose enojada.

—A Ciudad del Cabo. No llegarías mañana, seguramente, pero terminarías alcanzándola. Constantina está en dirección contraria....

Ruth dio media vuelta, sin mirarle, y pasó junto a él caminando ahora en dirección norte. Héctor la vio pasar con una triste expresión en sus ojos, como si se estuviera despidiendo de ella. Luego la siguió.

—A tu izquierda encontrarás una carretera. Camina rectamente hasta ella, y luego síguela. Yo pronto te daré alcance.

Ella no se dignó contestarle.

Rápidamente, Héctor se dirigió hacia el nuevo grupo de muertos y escogió las armas que más le convenían: La metralleta que había usado Sener y una “German Luger” con dos cargadores completos. Desde que comenzó la rebelión en Argelia había cambiado de armas por este procedimiento, al menos una docena de veces.

Ruth había alcanzado ya la carretera. Seguía caminando con paso firme, sin volver la cabeza para mirarle.

—No camines tan deprisa, Ruth. Hay al menos tres horas de marcha.

—Si te dispones a reírte viéndome caer deshecha a tus pies, aguardas inútilmente, salvaje. He resistido caminatas mucho más

largas.

—Pero no bajo este sol...

Héctor tenía razón. Sus cerebros comenzaron a hervir a la media hora de camino. Y Ruth fue haciendo su postura menos altiva, menos provocadora hasta que se arrugó por completo. Volvió la cabeza para mirar al joven.

—Héctor, ahora podríamos descansar un poco...

—No tenemos tiempo, Ruth. En cualquier momento puede atacarnos alguna nueva banda. Este territorio está infestado de rebeldes.

—A veces pienso que más valdría caer en sus manos....

Su paso se hizo más lento, y Héctor, que había caminado intencionadamente tras ella se puso ahora a su altura.

—Procuraré obtener un préstamo y pagarte un pasaje en el primer barco que salga de Bona, Ruth. No puedes estar en Constantina ni un solo día, porque para una mujer como tú son incontables los peligros.

—¡No aceptaré tu dinero!

—Gracias. Me quitas un gran peso de encima porque así no tendré que pedirlo.

Ruth le miró, irritada, desafiándole con sus ojos.

—Tienen que ocurrir muchas cosas para que yo te pida un favor, Héctor. Y además, tú habías ido a la granja a buscar un cadáver de mujer. ¿Por qué? ¿Acaso el de una mujer que mataste tú?

En los labios del joven se formó una curva de tristeza.

—Todavía no he matado mujeres, Ruth. Y en cuanto al cadáver que buscaba, lo rodea una larga y complicada historia.

En breves palabras, se la refirió a Ruth. Al terminar, la expresión de la muchacha había variado por completo; ya no era altiva, desafiante y un poco irritada, sino que mostraba el mayor interés. E incluso hubiera podido decirse que sus ojos delataban una profunda ansiedad.

—Hay varias cosas que no entiendo, Héctor. Pero la primera es por qué no seguiste buscando en la granja. El cadáver de esa joven tenía que estar en ella, forzosamente.

—Al principio creí que tú eras ese cadáver, Ruth. Luego, al

descubrir tu identidad y explicarme por qué estabas aquí, nos atacaron los argelinos. Después del choque no nos convenía volver a la granja y permanecer demasiado tiempo allí, exponiéndonos a un nuevo combate que hubiera sido tal vez definitivo. Además, estoy seguro de que ya no encontraré el cuerpo de Anne Garzen. Villeneuve debió de enterrarlo con calma en cualquier lugar poco visible, y yo no dispongo de un batallón de soldados para remover toda la tierra de las Cercanías.

—Pero ese cuerpo era tu único medio de prueba, Héctor...

—Tendré que renunciar a ella. Y además, espero que ocurran nuevos acontecimientos. Jacqueline Blay murió por algo. Y si estoy atento descubriré por qué.

—Si estás atento descubrirás que no tienes salvación, Héctor. Han sucedido una serie de cosas que no tienen más posible final que el piquete o la prisión para muchos años. Yo en tu lugar, Héctor...

—¿Qué?

—Desertaría...

La palabra fatal quedó en el aire, entre los dos, flotando como una cosa que pudiera verse y tocarse. Héctor tuvo un estremecimiento y sintió que algo vacilaba en su interior. Pero se rehízo inmediatamente.

—Si desertase reconocería con ello mi culpabilidad, y agravaría las cosas. Debo afrontar la situación tal como se presenta.

Ruth se acercó a él y le apoyó una mano en el pecho.

—Pues entonces, Héctor, no te preocupes más de este maldito asunto, no digas nada más... Si a ti te dieron orden de transportar el cuerpo de Anne Garzen, y transportaste el cuerpo de una mujer que todos creen es Anne Garzen, ¿qué te importa lo demás? ¿Quién va a envolverte en nuevos peligros, si tú cierras la boca?

Todas las mujeres tienen una elevada dosis de sentido común, y Héctor reconoció que en las palabras de Ruth latía la más solemne e inatacable razón. Pero en sus pensamientos había algo que le hacía daño, como si una mano invisible le fuese apretando el cerebro. Lo puso de manifiesto cuando dijo:

—Muchos de mis compañeros mueren diariamente en emboscadas, y aún en encuentros frente a frente que jamás

deberían perder.

—No te entiendo —susurró ella.

—Me comprenderás fácilmente. El ejército francés es seguramente el peor de Europa en los momentos actuales, por una serie de razones que en nada afectan a la brillante historia de esa nación. Pero es que aun siendo tan débiles sus soldados y tan incapaces sus mandos, no se comprende que un puñado de rebeldes haya conseguido ponerlos en un aprieto tan grande como el que actualmente sufren. Debe haber otras razones para que los argelinos triunfen con tanta frecuencia, y esas razones tienen un nombre.

—¿Espionaje?

—Probablemente.

Caminaban los dos a paso vivo siguiendo la línea de la carretera. Ni un vehículo se había cruzado con ellos desde que pusieron los pies en la cinta asfaltada. El silencio a su alrededor era tan espeso que sobrecogía.

—Eso no está claro, Héctor. Se comprende que las grandes potencias tengan espías a sueldo, pero esos rebeldes...

—Esos rebeldes están apoyados por las fortunas más importantes del mundo musulmán. Parte de ellos son nacionalistas puros a quienes repugna la tutela de Francia. Parte son bandidos que no tienen más bandera que la del pillaje y aprovechan para ello las circunstancias de la guerra. Pero el oro alcanza a todos por igual. Estoy seguro de que a más de un oficial francés, asqueado de su vida mediocre, puede haberle tentado una buena bolsa aunque se la entreguen en nombre de Alá. Y me parece muy posible que la muerte de Jacqueline Blay esté relacionada de algún modo con eso.

Hubo un ligero temblor en la espalda de Ruth.

—En tal caso, el problema sería más importante de lo que parece. Y hay un montón de razones más para que te mantengas al margen de todo.

—Sí, hay un montón de razones —respondió Héctor, mientras sus labios se plegaban en una mueca fría y dura—, pero también hay un montón de hombres muertos, Franchot y los de su patrulla son los más recientes. Mañana puede ser el Regimiento entero. Y ya que me he visto envuelto en el lío, quiero seguir en él hasta el fin, Ruth. Pero solo.

Llegaron en ese momento a un recodo desde el que se distinguían las primeras casas de la ciudad. Ruth tuvo al verlas un funesto pensamiento, como si fuera un presagio. Pocos días antes aún estaba en Nueva York, buscando trabajo, y le parecía increíble que las cosas hubieran podido cambiar tanto y en tan breve plazo. Constantina se apareció a sus ojos como una gran serpiente dormida que aguardaba la ocasión propicia para devorarla.

—Héctor, tengo miedo... —musitó ella, volviendo su rostro hacia el hombre.

Y vio que este hacía entonces una cosa muy extraña.

Había dado un salto hacia ella, colocándose a su espalda. Ruth gimíó al sentir el golpe en la nuca. En realidad fue un golpe sabiamente administrado para que no produjera más daño que el estrictamente necesario, pero a Ruth le dio la sensación de que una montaña se le desplomaba encima. Vio venir la carretera hacia sus ojos, y luego... nada. Los brazos de Héctor la sostuvieron antes de que cayera desvanecida.

—Lo lamento, amiga —susurró él—, pero ya te he dicho que esto lo continuaría solo. Lo que acaba de ocurrir va a ser beneficioso para la salud de los dos.

Depositó a la muchacha a un lado de la carretera, sin hundirla en la cuneta, a fin de que fuese perfectamente visible para cualquier vehículo que pasara. A lo lejos se veía la nubecilla formada sin duda por un jeep militar. Le acarició los cabellos con un ademán lleno a la vez de suavidad y tristeza, y se perdió entre los recovecos rocosos que bordeaban la carretera. Durante varios minutos estuvo acechando, oculto, hasta convencerse de que lo que se acercaba era, en efecto, un vehículo militar. Desde lejos vio cómo Ruth empezaba a despabilarse y cómo el jeep se detenía, bajando un oficial y dos soldados para recoger a la muchacha.

Héctor respiró tranquilo.

—Es una patrulla. Ahora la llevarán a la ciudad, y estará por el momento fuera de peligro.

Pero quizá Héctor hubiera pensado de otra manera de saber que el oficial que había descendido del jeep era el teniente Villeneuve.

Jeremías Bueck, el anticuario, estaba bebiendo cuando aquella manaza le quitó la botella de entre los labios.

—¿Quién se at...?

—Cállate, borracho. Si sigues con esta afición al licor, tal vez algún día acabes vendiendo a un picapedrero la piedra negra de La Meca, en el caso de que esta caiga en tus manos. Cierra la boca, abre los oídos y escúchame...

Jeremías era un hombre flaco, desgarrado y con una más que regular joroba. Un tipo que solo podía haberse dedicado a anticuario o a agente de una compañía de seguros de entierros. Parpadeó tres veces al reconoced a Héctor. Y luego aulló:

—¿Cómo te atreves? ¡Todavía me debes ocho mil francos!

—¡Bah! ¿Y qué son ahora ocho mil francos? Siéntate y escúchame bien, Jeremías...

—¡Lo que tú tengas que decirme lo sé yo muy bien! ¡Necesitas dinero!

—No.

—¡Entonces es que quieres estafarme vendiéndome algo!

—Tampoco. Solo necesito que me ocultes durante un par de días.

El anticuario le miró ahora como si no hubiese comprendido.

—Todo esto es muy aburrido. En mi casa no hay sala de juego, ni bebidas selectas, ni una maldita chica. ¿Por qué se te ha ocurrido venir aquí?

—Porque es el único lugar donde no me buscarán. Solo necesito dos días. Y te pagaré.

—¿Pagarme tú? Psss... Y oye, tienes aspecto de haberte peleado con algún rinoceronte. ¿De dónde diablos sales?

—He estado hacia el sur de la ciudad. Y he tenido una pelea con varios rebeldes. Luego he entrado clandestinamente.

—¿Cómo? Hay puestos de control en todas partes...

—Conozco la ciudad mejor que los novatos de las patrullas, amigo. Me ha sido difícil entrar, pero aquí estoy. ¿Puedes proporcionarme una cama?

—Psss... ¡Qué remedio! Trae tu “equipaje” y ven.

El “equipaje” de Héctor Martín consistía en la metralleta y la “German Luger”. Depositó ambas armas amorosamente sobre la

cama del cuartucho a que le condujo su amigo.

—No tengo nada más. Pero aquí estarás tranquilo. ¿Qué te traes entre manos?

—El embrollo más grande en que jamás se ha encontrado legionario alguno. Mira, Jeremías, tú y yo somos amigos desde hace años, y sé que puedo tener confianza en ti. Siéntate y escucha.

De este modo, Héctor puso en antecedentes al anticuario de cuanto había ocurrido en los últimos días. No empleó demasiados detalles en su narración, sino que aludió directamente a los puntos esenciales. Al terminar, una profunda arruga se marcaba en la frente de Jeremías.

—Francamente, no lo entiendo, Martín. Pero, desde luego, esto ha de tener una explicación, y es la siguiente: ¡Tú estás esperando sacarme dinero!

—El dinero es ahora lo que menos me tienta y lo que menos necesito, Jeremías. Si me ofrecieran un vaso de licor lo escupiría; tal es el estado de mi estómago. Y si me ofrecieran jugar una partida de póker, acabaría perdiendo hasta la camisa; tal es el estado de mis nervios.

—Reconozco que tu situación es difícil. Como es difícil también la situación de Argelia.

—Lo que ocurre aquí puede resumirse en una frase: el diablo se ha instalado en esta tierra.

Jeremías hizo un gesto de duda.

—Existen políticos árabes partidarios de un buen entendimiento con Francia. Por ejemplo, Ahmer Hafed, al que centenares de veces has oído nombrar.

—Ni Ahmer Hafed ni nadie puede conseguir que esto se arregle. Solo la actuación de un Ejército fuerte cambiaría las cosas. Por cierto —y pareció recordar algo de repente—, tengo cosas muy importantes que hacer.

Pidió al anticuario un papel y se puso a redactar sobre él un parte dando cuenta de lo acaecido últimamente entre las dunas, antes y después de entrar por segunda vez en la granja. Nada dijo, sin embargo, de la existencia de Ruth Meredith... Luego leyó el escrito y dobló el pliego reglamentariamente.

—Debo entregar esto. Voy a salir durante media hora.

—¡Pero, loco! ¡Te verán!...

—Sé dónde encontrar compañeros que lleven este parte al cuartel. Tú cierra la tienda a la hora reglamentaria, Jeremías, y hasta que regrese, olvídate de que me has visto en tu vida.

—¡Hum! ¡Mientras esto no termine en un préstamo de ocho mil francos más!

Héctor le palmeó cordialmente la espalda y salió de la tienda. Iba vestido de forma muy poco reglamentaria, y se adivinaba claramente que había intervenido en una lucha. Pero en las calles de Constantina era posible ver bastantes soldados que acababan de regresar de recientes combates, y tenían un aspecto muy poco académico. Por otra parte, las patrullas de vigilancia eran ahora muy indulgentes con los que descuidaban su atuendo.

Como había dicho, sabía adónde ir. No lejos de la tienda del anticuario se hallaba un cafetín donde había atracciones y donde se reunían buen número de legionarios. No le sería allí difícil encontrar cualquier compañero que entregase el parte escrito al oficial de guardia, sin manifestar más.

La atmósfera del cafetín estaba cargada de humo. Docenas de soldados se apiñaban ante las mesas, siendo de notar que no había allí más que un par de oficiales. El tono de las conversaciones era alto, y de vez en cuando se oían gritos.

Sobre el tablado del fondo se movían unas cuantas bailarinas. No eran guapas ni actuaban con demasiado entusiasmo; en consecuencia, el heterogéneo público tampoco les prestaba gran atención. Héctor, sin mirar hacia el escenario, buscó con la vista a alguno de sus compañeros.

En aquel momento se retiraron las bailarinas, sonó una música árabe, se apagaron parte de las luces y, ante todo este aparato, cesaron las conversaciones. Por unos segundos se produjo en el local un ambiente de franca expectación. La música sonó con más intensidad y entonces salió ella.

Héctor quedó con la boca abierta.

Ella.

Vestía, o mejor dicho no vestía, una túnica de gasa. Calzaba delicadas zapatillas de piel y llevaba los negros y sedosos cabellos recogidos a la espalda por un pasador de brillantes. Sus ojos oscuros y profundos eran tan misteriosos, tan sugestivos y tan

llenos de poder como la noche. Toda ella era como las olas del mar, tan naturales y tan majestuosas al mismo tiempo. Parecía arrancada de la estampa de un harén y animada por la virtud de una varita mágica. Viéndola, uno tenía que pensar que aún existen cuentos de hadas, y princesas orientales, y maravillas.

Daila estaba danzando como jamás Héctor había visto danzar a nadie en su vida.

Insensiblemente, sin darse cuenta, se acercó al pequeño escenario. Daila no le había visto aún, pero forzosamente tuvo que fijarse luego en él al hacer una de sus evoluciones. Los ojos de la mujer destellaron con un brillo extraño y repentino, pero no dio otra prueba de haberle reconocido.

Héctor estaba allí como llegado de otro planeta. Con sus ropas llenas de polvo, con sus manos mal lavadas donde aún había residuos de sangre, contemplaba a Daila con sus profundos ojos claros, quieto junto al escenario, como un gigante que hubiese de protegerla.

Un soldado pequeño, de pronunciado abdomen y mirada ratonil, se acercó a Héctor.

—*Prego, mió signore, I qué face cosí?* ¡Cuerno! ¿No ves que va a detenerte la patrulla?

Héctor tuvo que bajar la vista para mirarle.

—Vienes como anillo al dedo, como bala al fusil, como lima al preso, como dinero al jugador y coma bailarina al soldado. Nunca te he necesitado tanto como hoy, Luigi, ni me he alegrado tanto de ver tu detestable figura. Toma esto y entrégalo al oficial de guardia. Cuando te pregunten dirás que después de dártelo salí volando en un helicóptero, o algo así.

—¡Claro! ¡Y además que ibas vestido de general!

Tomó el parte que le ofrecía Héctor y lo guardó cuidadosamente en uno de sus bolsillos.

—Está bien; puedes confiar en mí.

Daila terminaba en aquel momento su actuación. Entre ensordecedores aplausos y alaridos, se retiró hacia los bastidores.

Y en aquel momento, cuando ella había terminado, empezó el jaleo.

Capítulo IX

DOBLE RAPTO

EL jaleo consistió en la irrupción en el local de unos quince hombres armados. No eran europeos, sino argelinos. E iban realmente bien vestidos.

Esos quince hombres corrieron en apretado grupo hacia el escenario, empujaron a todos los que se interponían en su camino, derribaron al gigantesco Héctor, que estaba distraído, y pasaron sobre él. Todo para capturar a Daila.

La muchacha lanzó un grito, al sentir sobre su cuerpo las manos de aquellos hombres. Entre varios de ellos la levantaron en volandas y la arrastraron hacia la salida del local. Su actuación fue tan rápida que ninguno de los asombrados espectadores logró intervenir a tiempo.

Y sin embargo, a pesar de la aparente violencia con que actuaron, se advirtió que no querían causar el menor daño a la bailarina. La forma misma de llevársela por los aires fue un prodigio de habilidad y de finura. Con la misma suavidad que un carterista emplea para introducir sus dedos en el bolsillo ajeno, aquellos hombres se llevaron consigo a Daila, igual que si transportasen un delicado ramo de flores.

Llegaron a la salida. E iban ya a trasponerla.

Pero entonces intervino Héctor.

—¡No me gusta que nadie me arroje por el suelo, mamelucos!

De un salto, cayó en medio del grupo. No llevaba armas, mientras que los argelinos empuñaban gumías, pero eso pareció importarle poco. Sus poderosos brazos se movieron como molinetes y empezaron a repartir golpes a una velocidad endiablada. Rostros excitados brillaron un instante a su alrededor para enseguida

quedar tumefactos y manando sangre. Un par de hojas de acero brillaron sobre la cabeza de Héctor, pero sus dueños rodaron pronto por el suelo. Y en confuso montón el joven y varios argelinos rodaron junto a la puerta, mientras el resto de los espectadores empezaba a reaccionar, y algunos se acercaban ya armados de botellas y sillas.

Uno de los asaltantes, el que iba mejor vestido, dio una orden:

—¡Pronto! ¡Al coche!

Se refería, sin duda, a Daila, porque la muchacha fue introducida en un largo “Citroën 15”, que aguardaba junto a la puerta. Cuatro argelinos más subieron a él y desaparecieron; los otros se dedicaron casi exclusivamente a Héctor, mientras amenazaban con sus gumías a los demás asistentes al local.

Si en aquel momento hubiesen querido acabar con el joven, nada más fácil que hacerlo. Héctor no habría podido evitar una puñalada mientras se defendía del aluvión de golpes que llovía sobre él. Pero por lo visto los raptores no deseaban matar a nadie. Esgrimían sus puñales tan solo como amenaza.

Lo que no iba en broma eran sus golpes. Héctor repartió en el breve espacio de un minuto más puñetazos que en toda su vida anterior. Deshizo mandíbulas, aplastó narices y amorató ojos. Pero a su vez tuvo que recibir un castigo que acabó con sus fuerzas. Sujeto por varios brazos a la vez, varios ganchos alucinantes propinados por un mismo hombre, le hicieron perder el sentido.

Los argelinos taponaron la puerta, que era pequeña, y mientras unos iban saliendo, los otros pudieron contener el ataque de los demás legionarios. Otro “Citroën 15” se acercó al cafetín y recogió a varios de ellos, mientras los otros se perdían a toda velocidad por la calleja.

Cuando Héctor recobró el sentido, estaba más vapuleado y rendido que el ejército alemán después de la batalla de Berlín. Por fortuna, no tardó mucho en volver a la realidad, y aún no había habido tiempo para que llegase una patrulla.

—¡Lárgate! —susurró Luigi—. ¡Lárgate pronto, idiota!

Héctor se puso en pie y salió tambaleándose. Todos, hasta los dos oficiales, comprendieron que no tenía permiso para estar allí. Pero no pusieron el menor inconveniente a su marcha.

Medio tambaleándose, avanzó por la calleja. El pequeño italiano

corrió tras él.

—¿Sabes lo que acaba de ocurrir?

—Sí, que han raptado a una chica. Por lo demás, ni idea.

—Pues yo sí que lo sé exactamente. Los tipos que entraron en el café tenían toda la pinta de ser guardaespaldas de Ahmer Hafed.

Héctor se detuvo un momento, perplejo, para contemplar a su amigo.

—No te comprendo.

—Esa chica tendrá algo que ver con él, seguramente. Puede que esté destinada a ser una de sus esposas, o algo así. Y si se ha escapado, encontrando trabajo en ese local mientras esperaba poder salir de la ciudad, no tiene nada de raro que Ahmer quiera recuperarla por medio de sus hombres. Esos mahometanos son el diablo.

Aunque las ideas penetraban tardíamente en el castigado cerebro de Héctor, este no tardó en recordar lo que Daila le dijo cuando la salvó en la carretera: Que un político argelino era quien la había llamado.

—Es posible que tengas razón, Luigi. Y ahora dime otra cosa: ¿dónde vive ese Ahmer?

—Oye, no te metas en más líos...

—Solo te he preguntado dónde vive. Eso no significa nada.

Luigi le sujetó por ambos brazos, tratando de hacerle reflexionar. Pero por su reducida estatura más bien parecía un hijo que pretende abrazar a su padre.

—Para, Héctor: Ese Ahmer es un político influyente y partidario del cese de la lucha. Su actuación no conviene a las bandas rebeldes, que mientras la guerra dure podrán dedicarse al pillaje. No interesa tampoco a otros políticos enemigos suyos. Si ahora intentas algo contra él, puede que tus actos adquieran más importancia de lo que tú mismo sospechas. De modo que puedes desertar, presentarte en el cuartel y cumplir arresto, abrirle la cabeza o coger una borrachera... ¡Pero, por Dios, no intentes ninguna otra clase de locura!

Las palabras del pequeño italiano estaban cargadas de sensatez, pero dio la sensación de que Héctor no las había escuchado siquiera.

—¡Dime dónde tiene su residencia ese tal Ahmer!

—Cerca de nuestro acuartelamiento, al otro lado del campo de tiro. Es aquella casa blanca rodeada de jardines que hemos visto tantas veces.

Héctor se dio una suave palmada en la frente.

—El no ser curioso es a veces un defecto. Nunca me había preocupado de saber a quién pertenecía aquella casa. Bueno, voy hacia allí.

Luigi le detuvo aún, haciendo un supremo esfuerzo.

—No vayas, condenado. ¡Ahmer está bajo la protección de un oficial francés!

—Más divertido todavía. ¿Y quién es ese oficial?

—El teniente Villeneuve.

* * *

Mientras caminaba por el extenso campo de tiro, amparado en las sombras de la noche, Héctor Martín vivía en su interior un gravísimo problema.

Sabía que lo que iba a hacer resultaba absurdo en cierto modo. Los argelinos se sentían mucho más ofendidos aún que los europeos si su prestigio era dañado por una mujer. Y por eso no tenía nada de extraño que Ahmer hubiera deseado traer a su presencia a Daila para reprocharle su conducta y expulsarla de su casa como a una meretriz. Pero el temperamento del español no se resignaba a esto. En primer lugar, porque su sangre le impulsaba a defender siempre a una mujer, aunque esta fuese culpable. Y en segundo lugar, porque no comprendía qué motivos podían haber impulsado a Daila a hacer todo aquello.

La casa estaba cercada por una alta pared blanca, tras la que se extendía un cuidado parque. Héctor se aferró como pudo a un saliente, llegó a lo alto de la pared y saltó.

Llevaba ya la “Luger” que había ido a buscar a la tienda de Jeremías. En cuanto a la metralleta, creyó mejor dejarla allí para no tener tentaciones de usarla. Le extrañaba también mucho que Villeneuve fuera precisamente el designado para proteger a Ahmer. ¿Y si el teniente intentaba algo contra él? ¿Y si estaba pagado por los rebeldes argelinos para cometer un asesinato?

Todos estos pensamientos bullían confusamente en el cerebro del legionario mientras se deslizaba como una sombra a través del cuidado parque. En la casa se veían ventanas iluminadas y se escuchaban algunas débiles voces. En el parque no parecía haber ningún centinela.

No lo parecía, desde luego.

Pero había uno y estaba allí, a espaldas de Héctor.

Cuando el joven oyó un levísimo chasquido a su espalda, no pensó en volverse. Para eso era ya demasiado tarde. Se arrojó de costado al suelo y la bayoneta que iba recta hacia él se clavó en la tierra blanda.

El argelino seguía aferrado al fusil, y Héctor se aprovechó de esta circunstancia. Golpeó rudamente la caña del arma y el centinela se vino al suelo con ella. Antes de que pudiera chillar, Héctor ya estaba encima de él y le había propinado un doble golpe en la nuca. Lanzando tan solo un débil gemido, el mahometano quedó inerte en tierra.

Nadie en la casa parecía haberse dado cuenta de lo sucedido. Héctor corrió sigilosamente hacia una de las ventanas, persuadido ya de que en el parque habría nuevos centinelas.

No le fue difícil entrar. Y cuando ya estaba seguro de que por allí tenía camino libre, saltó de nuevo para volver rápidamente junto al caído. Se lo cargó sobre los hombros y entró con él por la ventana. Si lo descubriesen sin sentido en el parque se produciría una instantánea alarma. Dentro era más difícil que alguien le viese.

Ató al argelino con su propio cinto y lo amordazó con un pañuelo. Luego, se dedicó a examinar el lugar donde se encontraba.

Era una habitación cuadrada, no muy grande, y amueblada al gusto árabe. No tenía puerta y daba directamente a un tranquilo patio en cuyo centro rumoreaba una fuente. Héctor se dirigió hacia allí.

A ese patio se abrían varias habitaciones, pero todas provistas de puerta. Héctor, silenciosamente, fue abriendo por turno todas ellas, encontrándolas vacías. Solo la última estaba cerrada con llave.

Hizo unas cuantas tentativas, tratando de comprobar la solidez de la cerradura. Esta era moderna y resistía bien.

Lanzó una maldición por lo bajo.

Y, en ese momento, a su espalda, resonó una voz:

—Quieto o te levanto la tapa de los sesos.

Capítulo X

LA BATALLA

—¡LEVÁNTATE!

Obedeció trabajosamente. Le temblaban las rodillas.

—Toma esta llave. Abre tú mismo.

La mano izquierda de Villeneuve depositó una llave en la suya. Héctor hubiese intentado algo de no sentirse tan débil, a pesar de que el cañón de una pistola apretaba su columna vertebral.

—Mátame de una vez porque de lo contrario te mataré yo, Villeneuve.

—No me conviene sembrar la alarma por el momento. Abre.

Héctor lo hizo. Villeneuve, entretanto, le pasó la mano por la cintura y le despojó de la “German Luger”. La puerta cedió sola.

Tampoco ahora pudo Héctor intentar maniobra alguna, porque el cañón de la pistola no se apartaba un centímetro de su espalda.

Dentro de la habitación había luz. Era un dormitorio estilo europeo, muy sencillo. Dos sillas, una cama de metal y un armario. Encima de la cama una mujer vestida, amarrada a los barrotes.

Héctor ni siquiera la miró bien porque creyó que era Daila. Pero cuando sus ojos se posaron en ella tuvo un sobresalto. Sintió en todo el cuerpo una especie de calambre. Porque la mujer que le miraba con ojos desorbitados era... ¡Ruth Meredith!

* * *

Héctor no necesitó volverse para saber que aquella era la voz de Villeneuve.

—¡Qué suerte para usted, teniente! ¿Por qué no dispara de una vez y así se ahorrará palabras?

Un seco culatazo cayó sobre su nuca. Héctor no perdió el conocimiento, pero se desplomó de bruces sobre las baldosas.

Por primera vez sintió que vacilaban sus fuerzas y el desaliento hizo presa en él, porque ahora se daba cuenta que desde que comenzó este endemoniado asunto había estado dando golpes a ciegas a una pared que no se derrumbaría.

—¿Qué es esto, Villeneuve? —susurró—. ¿Puedo saber, al menos, por qué está aquí esta mujer?

Ruth se hallaba amordazada y por eso no podía hablar. Pero sus ojos desorbitados miraban ansiosamente a Héctor.

—Eso lo sabrás en el momento oportuno.

La pistola se separó por un segundo de su espalda, y el joven adivinó en el acto lo que iba a suceder: Un par de culatazos en la nuca, pero estos propinados con más fuerza. Y comprendió que había llegado su momento.

Era algo desesperado lo que intentaba hacer, porque en la otra mano, Villeneuve tenía sin duda la “Luger”. Pero quizá al teniente no le conviniera armar ruido y había que jugárselo todo por todo para evitar lo que a continuación sucedería.

Apoyándose en un solo pie, giró con la rapidez de una peonza. La culata no logró golpear su nuca, pero le rozó la cara haciéndola sangrar. Tambaleándose, pudo sujetar una de las manos de Villeneuve, pero este le propinó un culatazo al bajo vientre y le hizo encogerse de dolor. Otro golpe y Héctor cayó a tierra.

Vio cómo Villeneuve levantaba un poco la “Luger” dispuesto a disparar.

Pero en aquel momento se oyó un grito. Fue un horrible grito de agonía que pareció llenar la casa. Y lo lanzaba un hombre.

El rostro de Villeneuve sufrió una crispación. Y un brillo de salvaje alegría asomó a sus ojos. Héctor comprendió que era aquello lo que el teniente había estado esperando, y que una vez sucedido ya no tendría inconveniente en hacer fuego y propagar una alarma que el grito de agonía ya había iniciado.

Héctor miró cara a cara a la muerte, con una especie de fatal indiferencia. Pero las sorpresas no habían acabado aún.

La habitación en que había sonado el grito era sin duda contigua a aquella en que se encontraban. Se oyó el ruido de una

puerta al abrirse y cerrarse rápidamente, y una cuarta persona entró para dirigirse corriendo hacia Villeneuve.

Héctor sintió una especie de crispación en el cuello.

Aquella persona era Daila.

La mujer ni siquiera había reparado en él. Corrió hacia Villeneuve y le sujetó violentamente por un brazo, como exigiéndole protección.

—¡Ahmer ha muerto! —chilló—. ¡Mi trabajo ha concluido! ¡Y ahora... sácame de aquí!

—¿De modo que tu trabajo ha concluido? —susurró Héctor.

Daila se fijó entonces en él. Su rostro, que estaba rojo de excitación, palideció repentinamente.

—¡Tú! —barbotó.

—Es uno de los peligros con que nos hemos enfrentado —masculó Villeneuve—. Pero ahora acabará también.

—Es curioso pensar que entré en esta casa para salvarte —sonrió Héctor con la indiferencia del que no da la menor importancia a la muerte—. Siento cierta debilidad por las mujeres hermosas. Tanto que quiero morir junto a una de ellas.

Fue hacia el lecho y acarició con una mano los cabellos de Ruth, sin volver la espalda a sus enemigos.

Mientras tanto, un verdadero tumulto había estallado en las otras dependencias de la casa. Los servidores de Ahmer, poderosamente armados, se habían puesto en movimiento al oír el grito de agonía de su dueño. Pero fueron recibidos a tiros por varios rebeldes que sin duda Villeneuve había introducido con tiempo y que, armados de metralletas, produjeron con sus disparos la sensación de que una verdadera batalla se estaba librando en la casa.

Héctor, sin dejar de acariciar los cabellos de Ruth, miró a Villeneuve y a Daila con una desafiante sonrisa.

—No hay que ser muy listo para comprenderlo todo —murmuró—. Tú estás a sueldo de los cabecillas rebeldes, quienes además te habrán pagado por practicar el espionaje. Pero el golpe principal de que estabas encargado era el asesinato de Ahmer Hafed, cuya actuación resultaba contraria a sus intereses. Jacqueline Blay, tu prometida, debió de averiguarlo y la mataste por eso. No te fue

nada difícil disparar a su cabeza y hacer creer que aquel cuerpo irreconocible era el de Anne. A esta debiste de sepultarla en cualquier lugar cercano a la granja. Jacqueline Blay, una vez desaparecida, no te comprometía a nada...

Villeneuve sonrió con cansancio, como el que ha vivido ya tantas emociones que no da importancia a ninguna de ellas.

—Todo eso está muy bien, Héctor, salvo en un punto. Yo no era el prometido de Jacqueline Blay.

—¿No? ¿Quién lo era, entonces? Bien puedes decírmelo, ahora que voy a morir.

—Un hombre no puede nunca decir que va a morir hasta que ya está muerto, amigo. Y por eso me reservo este pequeño secreto: El nombre del que en realidad estaba prometido a Jacqueline Blay y terminó matándola. Yo solo he servido de pantalla para encubrir a más elevados personajes.

Héctor no comprendía bien. Pero las ideas se amontonaban en su cerebro con tal precipitación que por fuerza tuvo que seguir el curso de las mismas y continuar hablando.

—Fuese quien fuese el que mató a Jacqueline, tú me facturaste su cadáver. Pero eso fue un simple accidente en vuestra labor, cuya culminación llegaría con el asesinato de Ahmer Hafed. Para eso trajiste a Daila.

El ruido de las detonaciones dentro de la casa era ensordecedor. Y puesto que nadie llegaba hasta allí y Villeneuve parecía perfectamente tranquilo, era de suponer que los rebeldes llevaban la mejor parte en la lucha.

—Aunque tú fuiste encargado muy a última hora de la protección de Ahmer Hafed, no pedías ser quien le asesinasen. Demasiado peligro. Por eso ideasteis hacer venir a Daila, quien por un azar del Destino estuvo a punto de morir a manos de los mismos a quienes iba a favorecer. Ahmer estaba seriamente interesado por la belleza de Daila, deseando hacerla su esposa, pero era problemático que esta consiguiese verle a solas enseguida. Y la muerte de Ahmer os urgía mucho... Por eso actuó en aquel cafetín. Ahmer se consideró ofendido en su dignidad y ordenó el secuestro. Entonces comenzó a actuar el arte de Daila. Es fácil deducir que Ahmer quiso tener a solas una explicación con ella. Y tú, Daila, le has acuchillado. Villeneuve introdujo aquí un grupo de rebeldes

suficientes para cubrir la retirada, pero que por sí mismos jamás hubiesen podido llegar hasta Ahmer, el político cuya muerte os era precisa. Tu belleza ha conseguido lo que jamás hubieran logrado las armas de esos salvajes. Y lo que ahora necesitáis...

Se volvió para mirar a Ruth tristemente, con una expresión de desesperanza en los ojos.

—¡Lo estás adivinando, Héctor! —rugió Villeneuve—. ¡Para que todo salga bien, necesito decir que es esa mujer la que asesinó a Ahmer Hafed! ¡Necesito decir que la maté cuando ya había cometido su crimen, y que varios rebeldes eliminaron entretanto a la servidumbre de la casa, huyendo después! ¡Necesitaba otra víctima, una mujer que me proporcionase el cadáver que estoy necesitando, y la encontré en el borde de la carretera cuando patrullaba con algunos hombres! ¡No me fue difícil traerla aquí...!

Respiró fuerte y concluyó:

—... ¡Ni me será difícil matarla ahora!

Capítulo XI

MURAMOS JUNTOS, QUERIDA

VILLENEUVE, decidido a no perder más tiempo, pues la zona de acuartelamiento estaba muy próxima, estiró un poco el brazo derecho para hacer fuego.

Pero Héctor, que ya se había resignado a perder la vida, no estaba conforme, en cambio, con que se perdiese la de Ruth.

Se arrojó al suelo mientras su enemigo disparaba, y le atenazó una pierna para hacerlo caer. No lo consiguió. Y Villeneuve bajaba ya el cañón de la pistola cuando Daila gritó angustiosamente:

—¡Cuidado!

Un hombre joven, vestido con blancos ropajes moros, había aparecido en la puerta, moviéndose con la agilidad de una serpiente. Llevaba un puñal en cada mano, y lanzó el primero hacia Daila. La joven recibió la hoja en pleno cuello y lanzó un grito de infrahumano dolor. Cuando el sirviente de Ahmer levantaba la otra hoja, Villeneuve le vació rabiosamente medio cargador en la cabeza. Pero otro hombre había aparecido ya tras él. Vestía exactamente como los que raptaron a Daila, y rugió en francés:

—¡Vosotros sois los asesinos! Yo vi cómo esa mujer salía de...

No pudo continuar. Otra bala disparada por Villeneuve le alcanzó en el pecho y le hizo desplomarse lentamente.

El traidor iba a disparar otra vez sobre él, para rematarlo, cuando Héctor, que ya había tenido tiempo de incorporarse, entró en acción.

Con el canto de su diestra golpeó salvajemente la mano armado de su enemigo, y le hizo soltar la pistola. Villeneuve empuñaba la “Luger” con su izquierda, pero sujetándola por el cañón. Héctor puso también su otra mano sobre el arma y forcejearon unos

instantes.

Ruth se debatía desesperadamente sobre el lecho, esperando el resultado de aquel combate del que dependía su vida.

Villeneuve se tambaleó al chocar sus pies con el cuerpo de Daila, que se desangraba en el suelo. Pero Héctor no lo dejó caer.

Su puño derecho salió disparado hacia adelante. Alcanzó el mentón de Villeneuve y, antes de que se desplomara, levantó la pierna izquierda para propinarle un formidable puntapié en plena cara. Villeneuve soltó la “Luger”.

Cuando cayó al suelo, sin embargo, su rostro reflejaba aún una fanática decisión. Dio dos vueltas sobre sí mismo y esquivó la nueva acometida de Héctor. Este resbaló, cayendo también al suelo.

Los dos hombres se levantaron casi a la vez, mirándose fieramente a los ojos.

En el resto de la casa aún continuaba la batalla. Al parecer, los sirvientes de Ahmer Hafed no se habían dejado sorprender del todo, y sus disparos mantenían a raya a los rebeldes. Entretanto era posible que llegasen tropas del cercano cuartel.

Fue Héctor el que atacó primero, lanzándose en plancha contra el estómago de su enemigo, Villeneuve recibió de lleno el golpe y cayó otra vez. Sus manos aferraron la garganta del joven.

—¡Juré que te mataría, Héctor!

El legionario le castigó con los bordes de las manos abiertas en ambos costados. Villeneuve tuvo un estremecimiento y, por un segundo, la presión de sus dedos se aflojó. Héctor lo aprovechó para retirar su cuello de la presa y propinar un cruzado al pómulo izquierdo del traidor, que cayó nuevamente a tierra.

No estaba vencido, sin embargo.

Con salvaje expresión, desclavó el puñal que Daila aún conservaba introducido en su cuello y se lanzó hacia Héctor rugiendo como una fiera acorralada. El joven dio un salto hacia atrás, tropezó, con una pared e, incapaz de retroceder, vio venir hacia él a su enemigo blandiendo en zigzag el cuchillo.

Se dejó caer al suelo, saliendo por debajo de los brazos de Villeneuve, con la agilidad de sus años de equilibrista. El cuchillo trazó dos fantásticas rayas en la pared, mientras Villeneuve rugía.

Ahora Héctor estaba a sus espaldas. Y antes de que lograra

volverse, le propinó dos secos puñetazos en la nuca. Villeneuve se desplomó con los ojos en blanco.

Héctor recogió las dos pistolas y comprobó su carga. En una quedaba una bala, en la otra tres. Las lanzó sobre el lecho donde Ruth estaba atada y se puso febrilmente a librarla de sus ligaduras. Fuera, el rabioso tiroteo no tenía trazas de decrecer.

—Héctor... —musitó la muchacha, apenas él la hubo librado de la mordaza.

—¿Qué, querida? —preguntó él, empleando un tono cariñoso por primera vez en su vida.

—Eres un canalla.

¡Ya estaba! Las mujeres siempre acaban destrozando hasta los momentos más bellos. Héctor arqueó las cejas.

—Bueno, si puede saberse por qué...

—¡Me dejaste abandonada como a un perro!

—Mira, Ruth, este no es momento para explicaciones. Pero si te dejé al borde de la carretera en el momento en que vi llegar un “jeep” militar fue para que no estuvieras a mi lado cuando sucediera lo que tenía que suceder. ¡Y lo que menos podía imaginaren el mundo era que fueses a caer precisamente en manos de Villeneuve!

—¡Tú siempre tan agresivo, Héctor! ¡Tú siempre queriendo tener la razón! ¡Has nacido para pelear y tendrás que morir peleando! Pero...

Hipó, como si fuese a sollozar.

—¡Pero no tenías que haber consentido que me enamorase de ti!

Héctor había terminado de desatarla en aquel momento. La levantó bruscamente y la estrechó en sus brazos.

—Ruth... —susurró.

Ella esperó, anhelante, con los labios entreabiertos.

—Bendita seas por haber querido acompañarme en mi muerte.

La soltó bruscamente, dejando que cayera de nuevo sobre el lecho. Luego volvió la espalda para examinar el campo de batalla.

Era tiempo.

Villeneuve había recobrado el conocimiento, arrastrándose cautelosamente hasta el lugar donde se hallaba el puñal. Y en el momento en que Héctor se volvía, lo lanzó.

El joven se apartó instantáneamente a un lado, pero ya era tarde. El cuchillo, que iba destinado a su corazón, se clavó hasta las cachas en su brazo izquierdo, atravesándolo por completo. El gemido de Héctor se mezcló al grito de angustia de Ruth. Pero eso fue solo un instante.

Héctor reaccionó apenas el cuchillo había terminado de penetrar en su carne. Con un movimiento seco, apretando los dientes, se lo arrancó de golpe. Villeneuve lanzó un rugido al adivinar lo que iba a suceder.

—¡A tu salud! —gritó Héctor.

Hizo oscilar levemente el puñal y lo arrojó con magistral puntería. Villeneuve, ya junto a la puerta, lo recibió en el lado izquierdo del pecho. Lanzó un gemido, mirando a su matador con ojos desorbitados, trató de avanzar a gatas hacia él y, de repente, abrió la boca y quedó inmóvil, mientras su sangre comenzaba a extenderse por el suelo de la habitación, mezclada con la de la ya inmóvil Daila.

—Lo siento —murmuró Héctor—. Hace muchos años, cuando ingresé como corneta en el ejército de mi patria, aprendí a respetar a los superiores. Pero siempre a condición de que los superiores sean dignos.

Estrechó por los hombros a Ruth, cerrándole los ojos para que no viera aquel dantesco cuadro, y salió de la habitación. En aquel momento, en el patio, entraba el comandante Brent.

—Estamos salvados —opinó Héctor—. Ahora llegan las trop...

Se interrumpió al ver que el que llegaba era el comandante solo. Y principalmente al ver que este levantaba un revólver para disparar contra él. Rugió:

—¡Cuidado, Ruth!

La arrojó al interior de la habitación mientras él se lanzaba al suelo. La bala reventó en la pared, junto a su cabeza. Y Héctor, entonces, lo vio todo maravillosamente claro.

—¡Tú mataste a Jacqueline! —rugió mientras se ponía a cubierto, en el interior de la habitación—. ¡Tú eres “el otro hombre” de que me habló Villeneuve, el verdadero amante de Jacqueline Blay! ¡El hombre sin cuya ayuda Villeneuve no hubiese podido hacer lo que hizo!

Saltó para recoger las dos pistolas. Brent se plantó ante la puerta e hizo fuego otra vez. No llegó a alcanzar a Héctor, pero hizo astillas el cañón de la pistola que este empuñaba en su mano derecha. Quedó en la izquierda el arma con una sola bala. Héctor apretó el gatillo y, no habituado a disparar con la zurda, falló. Entonces se dio cuenta de que estaba completamente perdido.

Brent levantó el revólver de nuevo.

—Dame la mano, Ruth —musitó Héctor—, y perdona mis brusquedades. Por fin tengo que decir: “Muramos juntos, querida...”

El revólver le encañonaba ya a la frente. “Una sola bala me hará saltar la cabeza —pensó Héctor—. Calibre pesado...”

Y en aquel momento sonó la detonación. Primero fue una sola. Luego una espantosa y alucinante ráfaga.

Brent, antes de poder disparar, fue triturado, mordido, deshecho, por docenas de balas. Todo un cargador fue a su espalda. Cuando cayó, el joven aún no había podido reaccionar de su asombro y permanecía quieto y apretando la mano de Ruth.

En aquel momento, en la puerta, apareció Cajou, el coronel, armado de una pistola. Y junto a él el pequeño Luigi y el alférez Bronchet, armados de metralletas.

—Puede salir, Martín —dijo el coronel—. ¡Vaya! ¡Hubiese sido una lástima que le mataran; ahora que le faltan tres meses para cumplir su compromiso con la legión!

—Pero... —murmuró Héctor.

—Por lo visto hizo usted perder un tiempo precioso a Villeneuve y a Brent, amigo. No todo salió como esperaban. Hemos cazado al grupo de argelinos cuando huía y lo hemos deshecho. Un par de ellos han hablado, así como los criados de Ahmer, que ha sido posible hallar con vida.

En ese momento, el hombre a quien Villeneuve hiriera de un balazo en el pecho, y que estaba de bruces junto a la puerta, empezó a moverse.

Héctor lo señaló.

—Este ha sido testigo de todo. Atiéndanlo y podrá hablar.

Entre varios oficiales, entre ellos el capitán Goret, lo sacaron de allí cuidadosamente. El coronel Cajou saludó secamente a los

muertos y volvió la espalda.

—Este no deja de ser un día negro para Francia —comentó—. Pero no es tan malo para usted, Martín. Firmaré mañana una orden concediéndole un mes de permiso y... deseándoles felicidades para cuando obtenga su licencia. Ahora más valdrá que saque a esta mujer de aquí.

Héctor tomó a Ruth por los hombros conduciéndola hacia la salida. Todo su costado izquierdo se estaba empapando en sangre, pero no lo notaba siquiera. La pesadilla que habían sido los últimos días parecía diluirse ahora en el calor de sus corazones, en la magia de la noche africana que por fin podían contemplar sin temor a la muerte.

—Tienes que decirme una cosa, Héctor —susurró Ruth.

—¿Qué es?

—Solo la siguiente frase: “Vivamos juntos, querida”.

—Vivamos juntos, querida —musitó él.

Y se besaron suavemente en los labios.

FIN

Dos hombres, dos amigos íntimos de Jeff Rayner, habían muerto en misteriosas circunstancias en Roma. Sus cuerpos aparecieron en el interior de un auto estacionado cerca de la Embajada americana, y nunca se supo quién fue el culpable de aquel doble crimen...



HAMPA BRILLANTE

es el título de este intrigante relato policiaco que firma el conocido escritor

A. ROLCEST

¡La mujer que le ayudó a desentrañar el misterio fue mortalmente herida por los asesinos... pero entonces había trazado ya el camino para que Jeff llegara hasta el fin!

HAMPA BRILLANTE

¡Lo más dinámico y emocionante de la moderna literatura policiaca!

COLECCION SERVICIO SECRETO

la publicará en su número de la semana próxima

Precio de venta: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
759 — Carlos de Santander
UNA MUJER
MATERIALISTA

COLEC. "MADREPERLA"
655 — María Dolores Acevedo
EN UNA CALLE
CUALQUIERA

COLECCION "ROSAURA"
599 — Mercedes Escalante
DEJAME QUERERTE

COLECCION "AMAPOLA"
436 — M. Redón Chirón
HURACAN SOBRE LA ISLA

COLECCION "ALONDRA"
240 — Corín Tellado
ADORADA MIA

COLECCION "CAMELIA"
361 — Jesús Navarro
ESTAS EN MI CORAZON

COLECCION "CORAL"
191 — Corín Tellado
ME CASE AYER

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "BISONTE"
700 — Keith Luger
JUGANDOSE LA PIEL

Col. "SERVICIO SECRETO"
564 — Silver Kane
MURAMOS JUNTOS,
QUERIDA

COLECCION "BUFALO"
397 — M. Lafuente Estefanía
¡ACABEMOS CON ELLOS!

COLECCION "KANSAS"
265 — Meadow Castle
UN HOMBRE BUENO

COLECCION "CALIFORNIA"
244 — Alf. Regal die
DOS RIVALES

COLECCION "COLORADO"
189 — Orland Garr
PLOMO MORTIFERO

COLECCION "KANSAS"
155 — Fidel Prado
LOS CORREOS DE LA
MUERTE

Col. "HEROES DEL OESTE"
137 — M. Lafuente Estefanía
EL DARDO

COL. "ASES DEL OESTE"
107 — Tex Taylor
SANGRE SOBRE LA
HIERBA

COLEC. "BRAVO OESTE"
19 — Joe Sheridan
CUATREROS DEL
RIO ROJO

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**BRAVO
OESTE**

**¡LOS MEJORES
AUTORES DEL GENERO
ESCRIBEN PARA LA
MEJOR COLECCION!**



**¡RELATOS DE
DINAMISMO
INCOMPARABLE!**

**¡LAS PAGINAS
MAS VIOLENTAS
DE LA HISTORIA
DEL SALVAJE
OESTE!**

COLECCION

BRAVO OESTE

**UN NUEVO EXITO DE
BOLSILIBROS BRUGUERA**

6 PTAS.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**CUALQUIER
MOMENTO ES
BUENO...**



...PARA LEER
El DDT

**LA PUBLICACION
MAS DIVERTIDA
DE TODOS LOS TIEMPOS**

SOLO CUESTA 2'50 PTS.

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

- REPUBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - CIU-
DAD TRUJILLO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar., 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Ixtacelhuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 6-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CION.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.

LLUVIA DE ESTRELLAS



Cary Grant

N.º 1311

Archibald Alexander Leach, nació el 18 de enero de 1904 en Bristol (Inglaterra). Afincado definitivamente en Hollywood. Destacan de sus películas: "Encadenados", "Atrapa a un ladrón", "Con la muerte en los talones", "Tú y yo" e "Indiscreto".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 6 pts. • Impreso en España - Printed in Spain